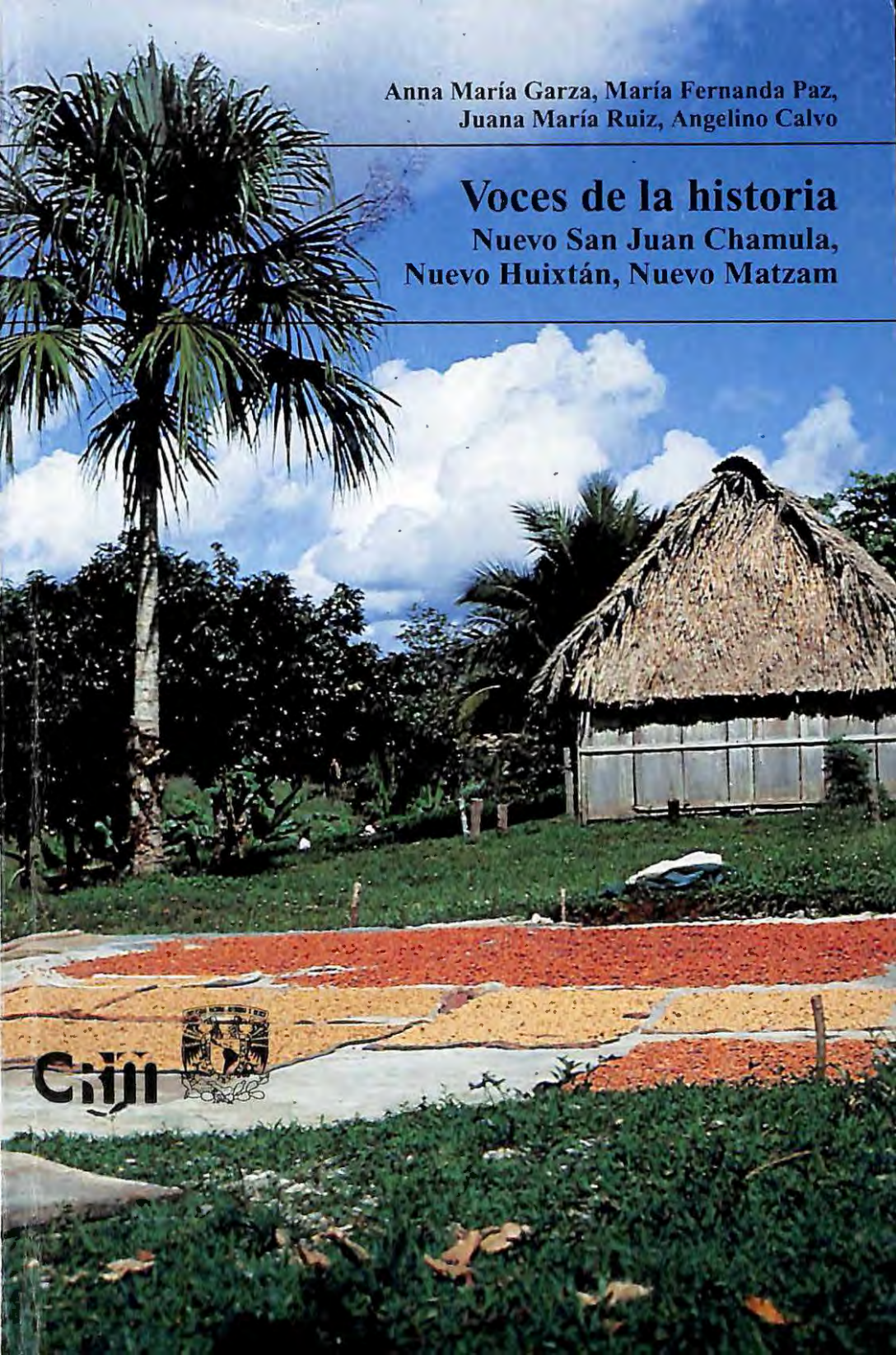
Anna María Garza, María Fernanda Paz,
Juana María Ruiz, Angelino Calvo

Voces de la historia

Nuevo San Juan Chamula, Nuevo Huixtán, Nuevo Matzam



VOCES DE LA HISTORIA
NUEVO SAN JUAN CHAMULA, NUEVO HUIXTÁN, NUEVO MATZAM

Anna María Garza
María Fernanda Paz
Juana María Ruiz
Angelino Calvo

VOCES DE LA HISTORIA
NUEVO SAN JUAN CHAMULA, NUEVO HUIXTÁN, NUEVO MATZAM

Universidad Nacional Autónoma de México
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias
Cuernavaca, Mor., 1994

F1221
T8G38

Garza, Anna María, coaut.
Voces de la historia. Nuevo San Juan Chamula, Nuevo Huixtán, Nuevo Matzam,/ Anna María Garza, María Fernanda Paz, Juana María Ruíz y Angelino Calvo, coauts. Cuernavaca: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, 1994.

93 p.

ISBN: 968-36-4019-2

1. Tzotziles -Historia oral. 2. Tzeltales - Historia oral. 3. Selva Lacandona - Migración. 4. Selva Lacandona - Colonización. I. Paz, María Fernanda, coaut. II. Ruiz, Juana María, coaut. III. Calvo, Angelino, coaut.

Catalogación en publicación: Mtra. Martha A. León Frías, Biblioteca del CRIM.

Portada: Ejido de la Selva Lacandona.
Fotografía de Patricia Bastin

1a. edición: 1994

© Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, 1994.
Av. Universidad s/n, Circuito 2, Col. Chamilpa,
Cuernavaca, Morelos.

ISBN: 968-36-4019-2

Impreso y hecho en México

TABLA DE CONTENIDO

PRESENTACIÓN 9

PRÓLOGO 11

INTRODUCCIÓN 17

CAPÍTULO I

LA VIDA Y EL TRABAJO EN NUESTROS PARAJES . . . 23

CAPÍTULO II

CÓMO NOS QUEDAMOS SIN TIERRA EN NUESTROS PARAJES DE LOS ALTOS 33

LA REVOLUCIÓN 39

CAPÍTULO III

LA MIGRACIÓN 45

CAPÍTULO IV

LA FORMACIÓN DE LAS COLONIAS 55

CAPÍTULO V

LA PRODUCCIÓN EN NUESTRAS COLONIAS 67

CAPÍTULO VI

LA FRONTERA 83

PRESENTACIÓN

En los años de 1985 a 1989 un equipo de investigadores del Centro de Estudios Indígenas de la Universidad Autónoma de Chiapas, llevamos a cabo un proyecto de investigación participativa para reconstruir la historia de migración y colonización de la zona sur occidental de la Selva Lacandona: la subregión de Las Margaritas.

Voces de la Historia, cuya primera edición en tzeltal, tzotzil y castellano estuvo a cargo del mismo CEI, UNACH y DESMI, A.C., es el producto más visible de ese esfuerzo colectivo entre el equipo académico y los pobladores de tres ejidos de la subregión: Nuevo San Juan Chamula, Nuevo Matzám y Nuevo Huixtán.

Tanto para los investigadores como para los colonos de la selva, la publicación del trabajo tenía un doble objetivo: por un lado era la oportunidad para socializar una experiencia de testimonio, reflexión y análisis de una realidad compartida por prácticamente todos los ejidatarios de la región; por otro, permitía dejar constancia de los hechos olvidados, decir a voz en cuello que "no son palabras inventadas, son la mera verdad, nosotros los ejidatarios y fundadores vimos cómo pasaron las cosas y quisimos dejar recuerdo para que sepan todos que sí tienen historia los trabajadores del campo".

Hoy, a diez años de distancia del inicio del proyecto, el tema de las condiciones de vida y trabajo de los colonos de la Selva adquiere una nueva actualidad y nos convoca a hacer una relectura de los hechos a partir de la situación presente. Evidentemente desde 1989, cuando se publicó por primera vez el trabajo, a la fecha, muchas cosas han cambiado en el país y en la región misma: a finales de la década de los ochenta sobrevino la peor crisis del café con la caida estrepitosa de los precios en el mercado internacional, colocando así a los pobladores de la selva de Las Margaritas en una situación de amplia

vulnerabilidad pues se habían especializado en el cultivo del grano y su economía, por tanto, giraba en torno a este producto. El manejo de los recursos naturales de la región, otrora libre y arbitrario, encuentra restricciones legales desde 1989 con la expedición de un decreto de veda forestal total que no fue consultado previamente con los ejidatarios. Finalmente, después de enero de 1994, la subregión de Las Margaritas que a principios de los años ochenta fuera posada y refugio de numerosas familias guatemaltecas que huían de su país por las atrocidades de la guerra, se convierte, ella misma, en zona de conflicto bélico.

La reedición de *Voces de la Hstoria*, en su versión en castellano, nos permite hoy difundir a un más amplio público los antecedentes de una construcción regional, y ofrecer elementos que pueden ser incorporados al análisis de la actual problemática por la que atraviesa la zona. Queremos agradecer por ello al Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México y en especial al Mtro. Raúl Béjar Navarro, su director, por brindarnos esta oportunidad y por apoyar desinteresadamente el esfuerzo logrado con muchos años de trabajo de campo. Nuestro agradecimiento va también para el Lic. Mario Salinas, Secretario Técnico, y para la Mtra. Carmen León y la Lic. Ma. Isabel Nájera, del Departamento de Publicaciones, por todo el trabajo invertido en la reedición del texto. Finalmente, agradecemos también a todos los compañeros investigadores del CRIM que, tras la lectura del texto, nos animaron a sacarlo del librero y buscar nuevos canales de difusión. A todos ellos, muchas gracias.

PRÓLOGO

A partir de la década de los años sesenta la zona selvática del municipio de Las Margaritas comienza a ser poblada por indígenas originarios de Los Altos de Chiapas (tzotziles y tzeltales, fundamentalmente de los municipios de Chamula, Huixtán, San Cristóbal de Las Casas y Tenejapa), por tojolabales de la región alta del mismo municipio de Las Margaritas y por campesinos desposeídos de otros estados de la República. La apertura del trópico húmedo a la colonización desplazó temporalmente tensiones ocasionadas por una estructura agraria cuyos rasgos característicos son el acaparamiento de las mejores tierras por terratenientes y empresarios agrícolas, y la existencia de una gran masa de campesinos pobres sin tierra o con muy pocas hectáreas de mala calidad que no bastan siquiera para la autosubsistencia.

Esta migración es el eje central de la historia de tres ejidos, ubicados en la línea fronteriza chiapaneca. La intención de la gente es narrar cómo se vio obligada a salir de su tierra, Los Altos de Chiapas, en busca de mejores oportunidades para sobrevivir. Las condiciones de vida y trabajo en sus comunidades de origen; las causas que los obligaron a la migración definitiva; la colonización de tierras otrora nacionales; la domesticación de este nuevo espacio natural; su incorporación al mercado nacional e internacional a través de su principal actividad económica, la cafeticultura; así como la percepción que tienen y la relación que han establecido con las instituciones públicas y privadas que trabajan en la zona y con los refugiados guatemaltecos, asentados en territorio mexicano desde 1982, son en lo fundamental, los temas tratados en esta reconstrucción histórica.

El libro construido en la comunidad es un texto colectivo y múltiple por sus fuentes. Si bien tiene como base primordial testimonios y experiencias de vida, no es una mera descrip-

ción; no se limita a la sola percepción del pasado o de la realidad inmediata, sino que intenta explicarla incluyendo información bibliográfica extralocal y elementos de análisis que permitan dar cuenta del contexto socioeconómico y político en el que los ejidos se hallan insertos. No se trata tampoco de testimonios presentados uno después de otro, interconectados por explicaciones generadas fuera de la localidad, sino de la interpretación colectiva de las experiencias y de la información bibliográfica analizadas en asambleas ejidales para construir un texto único.

Voces de la Historia es, entonces, el resultado más visible de un proyecto de reflexión sobre el pasado que incluye y compromete tanto a los ejidatarios de Nuevo San Juan Chamula, Nuevo Huixtán y Nuevo Matzam, como a nosotros, promotores de la investigación.

Los objetivos de este proyecto fueron ambiciosos: participar, al lado de los habitantes de los ejidos, en el proceso de reconstrucción histórica, aportando para su discusión, elementos y categorías de análisis de las ciencias sociales, así como información bibliográfica que permitiera ligar la realidad material expuesta a partir de lo cotidiano, con las leyes de la lógica del desarrollo capitalista en el estado chiapaneco.

El procedimiento que utilizamos fue entonces diametralmente opuesto al que se emplea en muchas investigaciones tradicionales que se remiten a las fuentes orales para apoyar, completar u oponer a los estudios documentales. En nuestro caso, la información teórica externa sirvió como complemento para analizar, criticar o reforzar las interpretaciones que los campesinos de estas localidades hacen de su pasado inmediato, su presente, y la proyección de su historia futura.

La asamblea, instancia que funciona en las comunidades para informar, discutir y tomar decisiones que conciernen a toda la colectividad, fue el espacio en el que se desarrolló el proyecto. Nuestros aportes, como equipo investigador,

además de sistematizar la información, consistieron en guiar discusiones, proponer temas, facilitar la colectivización de testimonios y aportar información externa.

Las técnicas e instrumentos que utilizamos para facilitar la reflexión fueron fundamentalmente dos: las guías de discusión temáticas y pequeños folletos o cuadernos que nosotros denominamos materiales de discusión. Estos últimos (tres en total) se elaboraron a partir de ciertos temas en los que se veía la necesidad de profundizar y contar con información y elementos de análisis. Así, pues, para el tema concerniente a la vida y trabajo en Los Altos, se redactó un pequeño cuaderno llamado "La vida en la finca", que versa sobre la historia de las fincas de café en el Soconusco, los mecanismos que se emplean para la contratación de trabajadores y las clases sociales en el campo que hacen posible el funcionamiento de estas empresas agrícolas.

El tema del despojo en Los Altos y su régimen de tenencia a partir del siglo XIX, fue apoyado con el material de discusión: "Cómo nos quedamos sin tierra en nuestros parajes", en el que se hace un breve análisis de las leyes de Reforma y otras leyes agrarias promulgadas en el siglo XIX que permitieron el despojo de tierras comunales indígenas. Se aporta aquí información que concierne a la aplicación de estas leyes en los municipios de origen de los migrantes y, asimismo, se analiza someramente la constitución de ejidos en estos municipios a partir de la Reforma Agraria de los años treinta.

Finalmente, el tercer folleto, producto de casi seis meses de discusión en las comunidades, intenta sistematizar y aportar elementos sobre la actividad que en gran medida determina la dinámica interna de estos ejidos al tiempo que los liga con el contexto nacional e internacional: la producción de café.

Es necesario anotar aquí que todas las discusiones que se dieron en las comunidades se hicieron en tzeltal y tzotzil, lenguas maternas de los habitantes de los ejidos, facilitando

enormemente la participación de la gente al no tener al español como barrera lingüística.

Para reflejar de alguna manera el proceso de discusión en las comunidades, *Voces de la historia* fue escrita en versión trilingüe: tzotzil, tzeltal y un castellano regional popular llamado en ocasiones "castilla". Más que la intención de revalorar o conservar lenguas de grupos étnicos minoritarios, esto responde, por un lado, al interés de los ejidatarios por contar con una versión de la historia en su propia lengua (interés confuso, por cierto, puesto que para la mayoría resulta bastante más complicada la lectura en estas lenguas); por otra parte, creemos que en algún otro momento la lengua escrita pudiera ser utilizada como herramienta al servicio de este sector, tal como ciertamente es utilizada en muchas ocasiones en forma oral.

Finalmente, queremos advertir que esta historia no ha sido generada como parte o en relación a un proyecto político de campesinos-indígenas; aún así es una visión subalterna de la historia reciente de los indígenas de Chiapas que contradice la supuesta pureza científica del discurso dominante. No deja de moverse dentro de los límites estrechos que le marca la estructura del poder, dentro de la legalidad institucional; a pesar de ello es también reflejo y campo donde se genera una cierta resistencia de los sectores marginados frente a una "verdad absoluta" de una historia impuesta. Se funda en la memoria colectiva popular que interpreta el mundo objetivo en que viven y han vivido los jornaleros y campesinos pobres del estado. Sus preocupaciones giran en torno a las condiciones laborales en las fincas cafetaleras del Soconusco, el acaparamiento y despojo de tierras, la migración forzada por el hambre y la miseria, la lucha por obtener servicios, los problemas para la comercialización de los productos agrícolas, los maltratos y abusos de la autoridad, la complicidad del Estado.

No pretendemos decir que esta sea una historia acabada y completa, ni que nuestra opción metodológica sea la única forma válida para estudiar la historia de los grupos subalternos. Tampoco sostenemos que el discurso popular sea un espacio libre de los conflictos de clase y de los intereses generados dentro y fuera de la comunidad; éste es más bien un espacio conflictivo, ni homogéneo ni neutral. Su particularidad es la búsqueda de otro significado del quehacer histórico y de la objetividad.

Anna María Garza Caligaris
María Fernanda Paz Salinas

INTRODUCCIÓN

Nosotros, los que vivimos en las colonias Nuevo San Juan Chamula, Nuevo Matzam y Nuevo Huixtán del municipio de Las Margaritas, somos campesinos tzotziles y tzeltales que vinimos de Tierra Fría; ahora estamos en la selva, juntito a la frontera con el país de Guatemala.

Es tierra caliente aquí, montaña tupida de árbol alto y monte. Llueve mucho, cae aguacero casi todo el año, por eso los ríos son tan grandes que dan miedo. Está el río Dolores, pasa entre Poza Rica y Nuevo Huixtán y se junta con el Jabalí (Jataté —Lacantún); está también el Río Grande (Santo Domingo) que pasa por Guatemala y luego por San Pedro, Río Azul y Nuevo Matzam. Como es monte, pues, hay harto animal: chaquiste, zancudo, culebra, hormiga, tepescuintle y otros animales grandes; pero ya se están acabando, no es igual que antes, cuando llegamos primero.

Hace muy poco tiempo, no más de 27 años, que este lugar comenzó a ser poblado. Antes no había colonias por aquí, era pura tierra nacional, no había nadie. Bueno eso dicen, pero la verdad es que a estas tierras venían antes a robar madera; se esperaban a que el río estuviera bien crecido, entonces ahí echaban la madera caoba para que la arrastre la corriente. Hay gente cuidando que la arrastre el río porque a veces se queda trabada en las piedras y no pasa, por eso hay cuidador para que camine la madera y llegue hasta Tabasco. Como no había ninguna colonia y sólo puras montañas, por eso venían a robar la madera.

Bueno, pero después empezó a llegar la gente porque allá donde vivíamos no había tierra. No sólo llegamos nosotros que somos tzotziles y tzeltales de Los Altos de Chiapas, llegaron también personas de los municipios de Comalapa, El Porvenir, La Grandeza, tojolabales de Las Margaritas y familias de otros estados del país. Todos los que vinimos éramos campesinos

pobres y jornaleros; unos ladinos y otros indígenas, pero sin tierra al fin.

Aquí en la selva conseguimos la tierra con muchos sufrimientos y formamos colonias nuevas como Nuevo Jerusalén, Maravilla Tenejapa, San Mateo el Zapotal, Montecristo, Nueva Poza Rica, Zacualtipan, Nuevo Santo Tomás, Constitución, Nuevo Huixtán, Nuevo Matzam, Nuevo San Juan Chamula y muchas más.

No tiene mucho que llegaron también los refugiados guatemaltecos, eso fue en 1982. Se vinieron aquí espantados por los soldados del gobierno de su país. Aquí llegaron a esconderse para que no los mataran, por eso los llamaron refugiados, porque se vinieron a refugiar en otro país que es México. Entonces en muchas de nuestras colonias les dimos posada.

Lo que está escrito aquí es la historia de nuestros tres ejidos; es un libro que hicimos con nuestra plática y nuestro pensamiento los campesinos que los formamos. No son palabras inventadas, son la mera verdad; nosotros, los ejidatarios y fundadores, vimos cómo pasaron las cosas y quisimos dejar este recuerdo para que sepan todos que sí tienen historia los trabajadores del campo.

Desde cuando queríamos regar por todas partes, que no estamos viviendo en el lugar donde nacimos, que por la falta de nuestras tierras llegamos a hacer colonias en la montaña. Queríamos contar cómo era nuestra vida y el sufrimiento en Tierra Fría, cómo era el trabajo en la finca y el hambre y toda nuestra pobreza que tanto nos dolió allá en Los Altos. Pensamos que era bueno que las otras gentes conocieran cómo encontramos nuestros terrenos nuevos y todos los trabajos que pasamos para formar las colonias, porque es muy importante lo que hicimos. Decíamos entre nosotros que queríamos tener una historia para toda la vida y que sirviera, cuando ya no vivamos en este mundo, para que nadie olvide nuestra plática;

para que no olviden nuestros hijos que no son nativos de este lugar, para que no olviden tampoco los hijos de nuestros hijos.

Así estábamos pensando, por eso nos organizamos con trabajadores de la Universidad de Chiapas y acordamos en asamblea ejidal hacer juntos la historia de las colonias. En la reunión vimos que una sola persona no puede hacer este trabajo, que deben hablar bastantes para que se puedan discutir las opiniones diferentes que hay entre las gentes, que si sale el pensamiento de todos los compañeros queda una historia verdadera. Así dijimos y se aprobó en Nuevo San Juan que hiciera el libro un grupo de fundadores; en Huixtán y Matzam, que se hiciera en asamblea.

De ahí discutimos lo que queremos hacer aquí en las colonias y qué cosas son las más importantes de apuntar. Cada uno de nosotros hablamos y juntamos nuestro pensamiento. Los compañeros de la Universidad estuvieron encargados de traer información de libros para que analizáramos los problemas de los que vivieron antes y entendiéramos mejor nuestra historia. Así estudiamos folletos sobre la vida de los viejitos y abrimos un poco los ojos. Discutimos cuáles eran los problemas por la tierra y cuál era la política de los gobiernos; cómo vendían sus propiedades de los pobres abuelos y los maltrataban y no respetaban sus vidas. Otro punto que analizamos con la ayuda de los folletos fue la Revolución y el Reparto Agrario y cuáles fueron los resultados para los campesinos. Llegamos a mirar también la historia de estas selvas de Chiapas y supimos que cuando todavía no se había fundado las colonias, los ricos se llevaron la madera fina y la vendieron en otro país; discutimos cómo se pobló esta zona con mucha gente sin tierra, igual que nosotros, aunque viene de otras partes; y vimos cómo, después, empezó a ser importante este lugar por la frontera, cuando comenzó la guerra de Guatemala. Además platicamos sobre la política de México y de otros países con el café, que es el cultivo más importante que tenemos. Todo

eso y muchas cosas más reflexionamos, o sea que las entendimos bien; despertamos y nos dimos cuenta de cuál es la mera raíz de que estamos tan pobres en Los Altos y cómo hasta ahora no nos podemos igualar con los ricos. Así fue como con las discusiones agarramos experiencia para hacer el libro de nuestra vida, nuestra historia.

Hicimos la historia con puras discusiones. En cada reunión fuimos juntando las experiencias de los distintos compañeros, nos unimos con nuestras palabras. Todos pensamos qué cosa vamos a tratar y cómo lo vamos a decir para que se vaya completando el libro. Los compañeros de la Universidad ayudaron a sacar la plática, hacían preguntas para que no olvidáramos las cosas importantes y ayudaron a ordenar y a escribir el libro; por eso decimos que casi juntos hicimos la historia. Al final quedaron escritos estos seis capítulos:

I. Cómo era la vida y el trabajo en Tierra Fría;
II. Cómo nos quedamos sin tierra en los parajes de Los Altos;
III. La migración;
IV. La formación de las colonias;
V. La producción en nuestras colonias;
VI. La frontera.

Lo hemos sabido nosotros que casi sólo los *kaxlanes* tienen sus historias escritas y que esos libros, así como el de Ciencias Sociales, cuentan lo que ha pasado anteriormente en las ciudades, cuáles han sido los trabajos de los Gobiernos; hablan sobre el petróleo, sobre la Revolución. Todo eso sirve para que se conozca cómo son los ricos, o los gobiernos, o la ciudad; nunca mencionan cómo vivimos los campesinos, no hablan de los indígenas, no se piensa nada de nosotros. Dicen que esas historias son muy importantes y hasta a los niños se

las dan a conocer. Así pasa que nuestros hijos leen en la escuela lo que sucede a los ricos en las ciudades.

Hay gente que piensa muy mal de nosotros, dice que somos campesinos indios, que no podemos escribir nuestra palabra. Aunque es bien cierto que las personas grandes no muy sabemos leer, los jóvenes sí fueron a la escuela y nos ayudan. Creemos nosotros que nuestra historia no sirve mucho si queda guardada en el corazón, es mejor que quede escrita para que pueda llegar a muchos lugares.

Dos partes tiene el libro; una en tzotzil o tzeltal y otra en español. Primero tiene que ser nuestra lengua para que sepan los *kaxlanes* que no somos dejados y para que lo miren nuestros compañeros indígenas que sí se puede hacer y que es mejor aunque no sabemos leer en nuestras lenguas ya lo tenemos escrito y podemos hacer el esfuerzo de aprender. Tal vez si lo entienden otros campesinos, despiertan y llegan a hacer su propia historia.

También está en castilla nuestro libro porque es importante que lo conozcan los que no son de tzotzil y de tzeltal, que llegue a la ciudad con los *ajwaliles* para que vean que no es inventado el sufrimiento de los campesinos. Queremos que se sepa, hasta en otros países, que el problema más fuerte es el de la tierra. Se tiene que publicar que si a veces los campesinos les quitamos tierras a los ricos, es por su culpa, porque primero llegaron ellos a meterse a nuestro terreno, miles de hectáreas agarraron y por eso andamos sin tierra. Todo eso viene en la historia por eso es tan diferente de otros libros.

Así queda escrito para ahora y para el futuro este libro de los colonieros tzotziles y tzeltales de Nuevo San Juan, Nuevo Huixtán y Nuevo Matzam del municipio de Las Margaritas, Chiapas.

CAPÍTULO I

LA VIDA Y EL TRABAJO EN NUESTROS PARAJES DE LOS ALTOS

El lugar que dejamos se llama Los Altos de Chiapas. Salimos de Viejo Huixtán, de Tenejapa, de San Juan Chamula, de municipios donde vive casi puro indígena tzotzil y tzeltal y que están cerca de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas. El lugar donde nacimos es muy diferente de las colonias que hemos formado. La verdad es que nunca habíamos visto las cosas que hay aquí en tierra caliente, en la montaña. Al principio sufrimos mucho por dejar nuestro lugar, teníamos triste el corazón cuando dejamos nuestros parajes porque allí se quedaron padres, hermanos, hijos, tíos. Pero ahora que han pasado muchos años ya estamos hallados y aunque nos acordamos todavía un poco de la Tierra Fría, ya olvidamos la tristeza.

Pero ¿por qué será que vinimos para acá? Pues a buscar dónde podemos comer un poco mejor. Es que en verdad teníamos dolor de pobreza de una vez porque no había tierras. Si fuera que tenemos bastantes hectáreas ¿qué venimos a hacer aquí a puro sufrir?

Donde vivíamos antes son bastantes campesinos que no tienen tierra, o lo que tienen no les alcanza para vivir. Así lo llegamos a encontrar nosotros cuando nacimos y así nos criamos, aguantando el hambre.

Los terratenientes tienen bastante tierra; los campesinos no. Sólo los ricos tienen la tierra y no es mala, tienen abono, tienen buscado dónde crece el café y el cacao, dónde hay buen pasto para el ganado.

Más antes, hace mucho tiempo, los ricos les empezaron a quitar las tierras a los pobres indígenas como nosotros, a nuestros abuelos. Como ellos eran dejados y no saben hablar español, por eso les podían hacer maltrato los *kaxlanes*; ellos hablan más con el gobierno, saben doblar su lengua, por eso hacían lo que querían y les quitaron sus propiedades a nuestros abuelos. Así fue como poco a poco perdieron su terreno los

antepasados y ya cuando nacimos nosotros no teníamos nada que heredar.

Los pobres nunca tenemos más de una, dos hectáreas y nuestra tierra es vieja, está cansada, ya no tiene sabor. La tierra caliente es buena porque es nueva, sale de todo, maíz, frijol, café, fruta y otras cosas; en cambio, nuestra Tierra Fría sólo da un poco de maíz, unos cuantos frijolitos: Como no teníamos dónde cambiar la tierra porque no hay más dónde sembrar, ni podíamos echar abono por la falta de dinero, pues entonces ahí nos tenemos que aguantar con poco. Por eso en nuestros parajes no había qué comer; a veces pasábamos el día con una taza de posol y una bolita de verduras cocidas, así engañábamos el hambre.

A la fuerza teníamos que trabajar todos, hasta los niños chicos. Casi siempre los hombres salen a buscar su paga lejos de la casa, las mujeres y los niños son los que ven la milpa, quiebran la tierra, chaporrean el terreno con el azadón, echan la semilla y hacen la tapisca. Pero además, como allá hace bastante frío, pasa que la milpa se acaba con la helada, se acaba con el granizo y con el aire; lástima nuestro trabajo, fue de vicio. Lo vimos allá en Los Altos que es de puro balde el trabajo, que casi no sale para comer. Tenemos que comprar el maíz hasta en los meros pueblos, hasta en San Cristóbal y a puro pie regresamos con la carga.

Necesitamos paga para el maíz comprado, por eso no nos podemos contentar con nuestra milpa, buscamos trabajo allí cerca de nuestra casa o vendemos alguna cosa para conseguir el dinero.

Cuando encontramos trabajo en terreno ajeno nos pagan con mazorcas de maíz; 15, 20 hasta 25 mazorcas nos dan por la tarea de 12 brazadas. También vendemos naranja, durazno, manzana y buscamos *chupacte'* para llevarlo a los pueblos. Hay algunas gentes que venden leña, que hacen su carbón para vender, o que juntan sus florecitas, así sale un poco para vivir.

Hay mujeres que saben tejer, hacen su faja, su chamarro, y sacan un poco su dinero, eso también es una ayuda grande para la familia. Pero ni con eso alcanza para comer, siempre comemos contadas las tortilla, siempre estamos con hambre.

Como lo vimos que era muy duro de vivir en nuestros parajes, algunos pensamos que podemos rentar en tierra caliente, en Pujiltic, en Carranza, Socoltenango. Por tablones nos daban a rentar y por cada tablón, que es menos de una hectárea, hay que pagar dos bultos de maíz, el resto de la cosecha queda para el rentador. A veces sí salen como 10 o 12 bultos, pero otras veces apenas se paga la renta y volvemos a quedar como compradores de maíz.

Así es el sufrimiento en los parajes. Es por eso que de Tierra Fría salen los jornaleros a buscar su trabajo, están como vendidos, venden su fuerza; van como peones en Tabasco, en las fábricas de las ciudades, pero más que nada en la finca.

Casi todos los que conocemos salen a la finca y así hicimos nosotros. Nos fuimos a hacer el trabajo de los ricos, de los dueños de la tierra; con nuestro trabajo se hicieron ricos los patrones. Sembramos su café, lo cosechamos, por nuestra fuerza es que tienen mucho dinero los finqueros, aunque nosotros seguimos igual en nuestra pobreza.

No sólo camina puro hombre en la finca, muchas mujeres vieron también cómo es sufrir con el patrón. Los más pobres de nosotros llevamos siempre a nuestras esposas, donde íbamos, allí se van ellas también. Traen abrazados a sus hijos las mujeres y tienen que dejarlos sentados en el cafetal mientras cumplen su tarea. La mujer trabaja como el hombre, pero el patrón se aprovecha más de ella porque le paga más barato.

Por el rumbo de Tapachula, de Huixtla, de Comatitlán, allí donde le nombran el Soconusco, hay muchas fincas de café: La Fortuna, Guanajuato, San Andrés, Perú, Hamburgo, San Cristobalito, Chiripa y muchas más. También hay fincas

cafetaleras en Simojovel y en otros lugares, pero las principales están en el Soconusco.

Salíamos a la finca en diferentes épocas del año, dependiendo de la necesidad. En el Sindicato de Trabajadores Indígenas de San Cristóbal nos dan un contrato por 13 semanas, o sea por tres meses, y también dan el anticipo. Dicen que el Sindicato nació para proteger al trabajador, pero eso es mentira, sirve solamente para controlarnos. Recibieron dinero del finquero los que trabajan en esa oficina y quedaron como enganchadores, ellos buscan a los trabajadores y les dan su adelanto, por eso no muy mejoró nuestra vida en la finca.

En la finca ya saben que vamos contratados y, como ya recibimos el adelanto, llegamos con una deuda que tenemos que desquitar. Luego vuelve a subir la deuda porque en la finca nada regalan, todo es pagado: la lima y el machete para el trabajo los incluyen en la cuenta y si se quiebran en el chaporreo, si se acaban o se pierden, ahí vamos a pedir otro, aunque no se haya terminado de pagar el primero. El pasaje de ida y vuelta a la finca lo dan libre, pero nomás de dicho porque ya lo tienen sumado; igual pasa con la comida. Todo lo descuentan, todo es bien pagado con nuestro dinero.

El trabajo es de lunes a sábado, sólo el domingo descansamos. Todos los días nos levantamos bien temprano, el lunes más porque pasan lista, luego recibimos la comida y ya estamos listos en el cafetal a las seis de la mañana. Muy duro es el trabajo y hay que ponerse abusados para hacerlo bien y para no romper los gajos del cafeto porque allí está el caporal vigilando. Buenas regañadas nos llevamos y hasta golpes si no sale bueno el trabajo. Teníamos miedo en la finca de una vez, pero lo aguantamos porque somos pobres.

La paga es según nuestro trabajo, si es chaporro o desombre, o tapisca; pero nunca dan mucho dinero, siempre pagan barato. El trabajo que más agarrábamos era el de tapisca y ése se hace por tarea: una caja o un costal de café pergamino (más

o menos 100 kilos). No siempre podemos cumplir la tarea y entonces no hay ganancia.

Además del trabajo pesado tenemos más sufrimiento en la finca. Al patrón no le importa el trabajador, aunque se enferme no se preocupa. Por eso no dan buena comida y quedamos con hambre. Dan nada más unas pocas tortillas chicas y como el trabajo por tarea es muy duro, no se llena nuestro estómago. Si es que hay carne nos dan un poquito el día sábado nada más, después puros frijoles y posol diario, no nos dan otra cosa de comer. Además en algunas fincas es obligado entregar un tercio de leña para tener derecho a comer.

Tampoco tenemos un buen lugar para dormir, parecen chiqueros los galerones donde viven revueltas 400 personas o más. Allí llegamos indígenas de todas partes y ladinos también y cada uno trae su cobija y sus trastes, la finca no da nada.

Así era cuando nosotros llegábamos en la finca, así lo miramos antes de venir a hacer nuestras colonias. También sabemos un poco cómo era la finca hace muchos años, nuestros padres y abuelos nos lo contaron. Dicen que cuando muy empezaron las fincas los ricos no tenían su trabajador y como ellos no saben hacer nada platicaron con los que son caciques en los pueblos y con los comerciantes para buscar la manera de conseguir sus jornaleros. El finquero le dio dinero al enganchador para que le lleve su gente. Puro engaño usan los enganchadores para juntar trabajadores. Les dicen a los viejitos:

—Te vas a ir allá, te paga muy bien el patrón y tienes buenas horas de descanso.

Entonces recibían su adelanto porque siempre está con necesidad el campesino, y ahí se van los viejitos con el enganchador, llevan cargando sus tortillas y su comida. Caminan 10 o 15 días para llegar en la finca y cuando llegan, qué va a ser, no es la verdad lo que les dijo el que contrata a la gente. El trabajo es de seis a seis, ese es el descanso.

Dicen los viejitos que antes contrataban a los trabajadores por años y que su anticipo lo van a pagar en 10 o 12 meses, no lo pueden pagar pronto, aunque trabajen duro, no lo alcanzan a pagar luego. Hasta que ya no hay debe dan un boleto que dice que pueden regresar en su casa; antes, no. Y si salen huyendo sin su boleto porque no aguantan el trabajo, allí nomás los agarran y los meten en la cárcel y cuando salen tienen que volver a pagar su deuda con la finca. Es que las galeras estaban vigiladas por hombres armados y además los patrones lo tienen hablado con los dueños de las otras fincas y con la gente de los pueblos, tienen acuerdo para que no los dejen pasar.

Antes maltrataban mucho los caporales: chicoteaban, golpeaban con ramas, con cincho, con la palma del machete, daban patadas; por cualquier cosa venía el castigo.

Así era más antes cuando fueron nuestros abuelitos a trabajar en las fincas. Después cambiaron un poco las cosas cuando llegó el Erasto Urbina y se hizo el Departamento[1] y el Sindicato.[2] La gente se empezó a quejar mucho, por eso ahora respetan un poquito más al trabajador. Ya para 1960-1965 había carro y entonces no teníamos que ir a pie; el trabajo era menos, de seis de la mañana a dos de la tarde; el caporal ya casi no golpeaba, pero eso sí regañaba mucho; la comida era igual que antes, sólo que una vez por semana había carne.

No fue mucho lo que cambió la finca, sólo un poco. Igual que los viejitos, nosotros regresábamos en nuestra casa y seguíamos siendo pobres con nuestras mujeres, y así nomás pasábamos el tiempo.

1 Departamento de Acción Social y Cultural y de Protección al Indígena.

2 Sindicato de Trabajadores Indígenas de las Fincas Cafetaleras.

Aunque no parábamos de ir en la finca, no se compraba nada, ni se podía tener nada, no podíamos comprar ni una hectárea de terreno, ni un caballo, ni ropa. No dio nada la finca.

CAPÍTULO II

CÓMO NOS QUEDAMOS SIN TIERRA EN NUESTROS PARAJES DE LOS ALTOS

Cuando nacimos nosotros llegamos a ver que la tierra de nuestros papás era muy poquita, entonces nos pusimos a pensar que a los pobres compañeros campesinos que vivieron antiguamente los trataron como animales. Los ricos les quitaron sus tierras y el gobierno lo permitió.

Hace ya mucho.tiempo que los campesinos empezaron a perder la tierra. El despojo en las comunidades indígenas es historia vieja, pero aquí sólo vamos a platicar de lo que ha ido pasando desde hace unos 150 años.

Entre 1824 y 1909 los gobiernos de México y de Chiapas hicieron leyes agrarias y las Leyes de Reforma, que permitían a cualquier persona comprar tierras baldías. Así nos contaron nuestros abuelos que sacaron leyes para comprar terreno donde no había dueño; pero, qué va a ser, los pobres abuelos de nuestros abuelos tenían sus tierras descansando y cuando lo vieron los *kaxlanes* le fueron a decir al gobierno que esos son terrenos baldíos y los iban a comprar.

Como los antiguos no tenían escritura de sus tierras, entonces fue muy fácil que se las agarraran. A los pobres viejitos nada más les decían los ricos:

—A ver, si es tuyo el terreno ¿dónde está la escritura de tu tierra?

Y los pobres viejitos no podían contestar porque no sabían qué cosa es la escritura, entonces ahí se quedaban callados. Como los indígenas no sabían hablar español por eso los ricos hacían lo que querían.

Muchos campesinos tenían la parcela lejos de su casa y tuvieron que ir a vivir allá, aunque fuera debajo de tres palos con zacate, aunque pasaran frío, aunque no tuvieran fogón para cocinar. Tuvieron que irse para que todos miraran que ahí vivían, que eran suyas las tierras.

Pero este sufrimiento fue de balde, porque en 1847 el gobierno del estado sacó una ley que obligaba a todos los

indígenas a vivir en los pueblos. Como quien dice, los obligaron a dejar sus parcelas en manos de los terratenientes.

Los ricos que les quitaron sus tierras a nuestros abuelos, les decían:

—¡Hasta aquí pasa mi mojón!

Y aunque estuviera ahí el viejito, el dueño del terreno, no le hacían caso. Como vieron que los pobres campesinos son calmaditos, que no saben decir nada y no hablan español, por eso miraron que es fácil tomar sus tierras.

Es verdad que hizo leyes el gobierno, pero sólo para que los ricos se aprovecharan de nuestra tierra, y aunque los viejitos iban a pedir queja con el gobernador, no los escuchaban porque no está escrito en la ley. Así pasó, el gobierno agarró maña con los ricos, por el dinero vendió el terreno y los campesinos no recibieron nada a cambio, sólo se quedaron muy pobres.

Por estas leyes fue que los pueblos indígenas perdieron gran parte de su territorio. En Chamula, por ejemplo, allá por el año de 1855, Ramón Larrainzar hizo una hacienda muy grande que se llamó Nuevo Edén. Esta propiedad tenía casi la mitad del municipio de Chamula, todo Mitontic y tierras de otros lugares.

En Tenejapa, los principales terratenientes fueron los Flores, Pineda, Trujillo, Trejo, Ruiz y Santiago. Se sabe que el señor Carlos Z. Flores era dueño de la hacienda El Retiro que medía casi 5,000 hectáreas y ocupaba tierras en Tenejapa y Dolores Chempil de Huixtán.

Los mismos propietarios estaban en Huixtán: Flores, Trujillo, Utrilla y Morales. En este municipio, de las tierras que les quitaron a nuestros abuelos, hicieron como 24 haciendas y ranchos. Guadalupe Xuncalá, Joyochén, San Pedro Pedernal y El Carmen Yalchén, tenían cada una más de 3,000 hectáreas. Las otras haciendas tenían entre 2,900 y 200 hectáreas.

Así fue como de una vez quedaron sin tierra nuestros pobres antepasados y cuando nacimos nosotros lo encontramos así.

Cuentan que cuando los ricos hicieron sus haciendas fueron con los campesinos y les dijeron:

—Mejor vengan a trabajar con nosotros, aquí les vamos a dar para que siembren y no lo van a pagar.

Así dijeron los terratenientes porque no tenían sus trabajadores, y así poco a poco aceptaron los pobres indígenas; como ya no tenían su tierra se metieron de mozos y baldíos.

Los baldíos eran los verdaderos dueños de la tierra, pero cuando salieron las leyes y se las quitaron para poner las haciendas, tuvieron que irse a trabajar con el patrón. El dueño de la hacienda les prestaba un pedazo de terreno para que sembraran su milpa, pero no así nomás, sino que lo tenían que pagar porque era rentado y además tenían que trabajar tres o cuatro días para el patrón. ¡Pobres baldíos!, se levantaban a las cuatro de la mañana y descansaban hasta las seis de la tarde. Sufrieron mucho los pobres viejitos, los maltrataban a su gusto los ricos y allí lo están aguantando todo porque tienen cerrados sus ojos y sus oídos, piensan que sólo se puede vivir rentando, que no hay dónde conseguir sus tierras, es que ya toda la tierra es de los ricos, ellos tienen todo.

Dondequiera que había haciendas había baldíos y mozos. Los mozos no tenían tierra, ni paga, ni nada. Eran campesinos que tenían deuda con el patrón y la desquitaban con trabajo. Como era mucho su debe no podían salir a buscar otro lugar para vivir y por eso ahí quedaban aguantando los regaños, las chicoteadas y las patadas del patrón que era como su dueño. Así nos contaron nuestros abuelitos que en antes sufrieron mucho.

Durante todo ese tiempo el gobierno de México dio facilidades a los finqueros para que compraran grandes extensiones de tierra en muchas partes del estado; de esta manera fue que

se hicieron haciendas en Los Altos, monterías en la selva y fincas de café en el Soconusco y la Sierra.

En la parte de la Selva Lacandona, como estaba bien tupida de árboles, los que compraron terreno ahí pusieron sus monterías para sacar la madera fina, caoba y cedro, que llevaban a vender en otras naciones. No eran muchos los propietarios, sólo como 5 o 7 familias las que hicieron sus compañías madereras y se repartieron todo el terreno de la selva.

Dicen que era bien dura la vida en las monterías; los pobres hombres tienen que estar trabajando día y noche cortando madera y con mucho miedo por el tigre que grita y de otros animales que los molestan porque es pura montaña. Tienen que trabajar fuerte para cortar los trozos y si no, ahí va su castigo. También había peligro de quedar aplastados y así se quedan enterrados en la montaña.

El trabajo en las fincas de café no era menos duro. Terratenientes alemanes, ingleses, españoles y mexicanos habían aprovechado las facilidades que daba el gobierno de Porfirio Díaz para comprar tierras, y así fue que pusieron sus fincas de café en el Soconusco.

En el Soconusco había bastante tierra, era barata y buena. Dicen que una hectárea costaba menos de un peso y el café que se producía ahí dejaba buen dinero a los finqueros. Pero para que funcionaran bien las fincas se necesitaban bastantes trabajadores, y como en Tierra Fría había mucha gente que ya no tenía terreno la empezaron a enganchar. Así es como junto con las fincas de café nació también el enganche, y el trabajo de los jornaleros hizo ricos a los dueños de las propiedades.

Nuestros abuelos, los dueños de la tierra, se quedaron sin nada por las leyes y su fuerza sólo sirvió para trabajar de mozos, baldíos o jornaleros en las fincas. Así nos contaron y así lo miramos nosotros también.

LA REVOLUCIÓN

Allá por el año de 1910 estaba de presidente de México el general Porfirio Díaz; ya treinta años llevaba sentado en la silla de la presidencia gobernando sólo para los ricos, pero como la mayoría de la gente del país estaba muy pobre, se empezó a organizar la Revolución.

Cuentan que cuando empezó el pleito allá en México, había un tal Madero que quería tumbar al gobierno de Porfirio Díaz. Este señor Francisco I. Madero habló con los campesinos de muchos lugares y prometió ayudarlos si lo apoyaban para que él fuera presidente del país. Los campesinos y mucha gente le creyeron y lo ayudaron. Así se fue Porfirio Díaz y Madero se sentó en la silla de la presidencia, pero cuando tuvo el poder se olvidó de los campesinos y de todas las promesas que había hecho.

En ese tiempo había también otros dos hombres que querían luchar para que se acabaran las injusticias en nuestro país y se les regresara a los campesinos las tierras que les habían quitado. Estos señores eran Francisco Villa y Emiliano Zapata.

—¡La tierra es de quien la trabaja!, había dicho Zapata, y por eso se levantó con otros campesinos a luchar en la Revolución.

Al presidente Madero lo mataron unos enemigos, pero no lo asesinaron para hacer justicia en el campo, sino sólo para sacarlo de la casa del gobierno. El que lo mató se llamaba Victoriano Huerta y ese tampoco era amigo del pueblo, por eso Villa y Zapata le hicieron la guerra.

Había otro licenciado que era enemigo de Huerta y que también empezó a hacer bulla; se llamaba Venustiano Carranza.

Así estaba entonces el pleito allá en México: por un lado estaban Villa y Zapata de parte de los campesinos y querían

quitar a los ricos del gobierno; y por otro lado estaba Carranza que quería ser presidente. Mientras estaban así los líos allá en el centro y norte del país, aquí en Chiapas los terratenientes se juntaron con Alberto Pineda y con Tiburcio Fernández Ruiz, al que llamaban Mapache, para hacer la guerra contra la Revolución, pues no querían que los campesinos se organizaran y les quitaran sus tierras.

Cuentan que los finqueros llegaban con sus trabajadores y les decían:

—Mira, te digo por si acaso vienen algunos a preguntarte si estás de baldío, tú les dices que no, que estás en tu propio terreno. Así dices si te pregunta alguien.

—Bueno, decían los indígenas.

Como no saben por qué van a decir así, cuando llegaban a preguntarles contestaban que están en sus terrenos. Ya estaban acostumbrados en el baldío, por eso apoyaban a su patrón. Piensan los baldíos que es necesario tener su patrón, que no van a saber trabajar su propio, además como ahí le dan su ropa a su familia y les descuentan poco a poco, no lo sienten como lo pagan, por eso ahí están pegados con el finquero. En la hacienda les dan su comida, su maíz y su frijol, y no pueden pagar sus deudas, pero no quieren salir de mozos, de baldíos, porque ya se acostumbraron. ¡Qué pena van a tener los ricos, pues, si tienen a sus trabajadores bien aconsejados!

En muchos lugares del país, por la lucha de los campesinos en la Revolución se comenzaron a repartir las tierras, pero aquí en Chiapas los que ganaron fueron los patrones porque obligaron a sus trabajadores a defender sus propiedades. Así nos platicaron los más viejitos que los terratenientes mandaban a sus mozos y baldíos a pelear contra la Revolución, y aunque ellos no querían ir, no tenían forma de decir que no porque ahí les decía el finquero:

—Miren, si no van a defender la tierra, ahí lo van a ver dónde se van porque nos van a quitar el terreno.

Entonces los mozos se fueron a pelear; como eran bastantes, ganaron y todo quedó igual. Los campesinos siguieron trabajando las tierras del patrón, y el Mapache, Tiburcio Fernández Ruiz quedó como gobernador del estado defendiendo a los terratenientes.

Los años que siguieron a la Revolución no fueron fáciles para los campesinos. En muchos lugares del país habían comenzado los repartos de tierras, pero aquí en Chiapas los grandes propietarios tenían el apoyo del gobierno del estado y no dejaban que les quitaran ni un pedazo de terreno. Armaban a su gente y si veían que alguien estaba organizando a los campesinos ahí nomás lo mataban. Fue muy dura la lucha en ese tiempo, pero muchos campesinos pensaban que no estaba bien seguir aguantando los maltratos de los patrones, por eso, sobre todo en la zona de las fincas de café, se comenzaron a formar y organizar sindicatos para defender los derechos de los trabajadores del campo. Casi escondidos tenían que hacer sus juntas para que no los mataran los vigilantes de los finqueros que andaban por todos lados.

Como lo miró el gobernador Grajales que los campesinos estaban muy descontentos y exigían que se les diera terreno, comenzó a repartir tierras en el estado, pero era puro tapa-ojo, porque eran pocas, y además no muy servían para sembrar. No eran tierras de las fincas, por eso los terratenientes contentos estaban con ese gobernador.

En el año de 1936, cuando estaba el General Lázaro Cárdenas de presidente de México, se organizó el Sindicato de Trabajadores Indígenas de las Fincas Cafetaleras para acabar con las deudas de los mozos y con el maltrato a los indígenas. Don Erasto Urbina, que era amigo de los campesinos, quedó como jefe del Departamento de Protección al Indígena.

Cuentan que para organizar el sindicato, el Erasto llegó en una finca a platicar con los trabajadores y ahí les dijo:

—Yo soy como ustedes. Aquí sufren mucho y no están ganando bien, nada más deben mucho con esos ricos. Me vine a verlos para acabar con sus deudas. Váyanse a buscar a sus compañeros, júntenlos para que platiquemos porque pobres campesinos que de balde están trabajando gratis.

Entonces esos trabajadores se fueron a buscar a sus compañeros, ahí les platicaron y les gustó.

Cuando se amontonaron todos los hombres el caporal sólo recomendó:

—Ahí lo ven si pierden su día, al patrón no le importa, total que él no los mandó llamar.

Los trabajadores no le hicieron caso, dejaron sus trabajos y llegaron donde estaba Erasto Urbina que les dijo:

—Aquí los vine a ver, a terminar con sus deudas o ¿caso están en su finca?

Los hombres dijeron que sólo eran trabajadores, entonces hicieron acuerdo con Erasto que les dijo que si la finca no era de ellos, sólo estaban trabajando para el bien de los ricos, para que se hagan más ricos.

—Aquí se salen ustedes, dijo, y aquí nomás se terminan los mozos, porque a los finqueros los vamos a chingar; que todos se queden sin sus trabajadores o si no, que les paguen bien y acabe el maltrato.

Los finqueros se encabronaron y dijeron que iban a matar a don Erasto, entonces llegaron los soldados y los finqueros pensaron que era su ayuda pero, ¡qué va a ser! era su apoyo de la gente indígena que llegaba a cuidar que no le pasara nada al Erasto Urbina y a su gente.

Así fue como el 24 de diciembre de 1936, en la finca Maravillas se organizó el Sindicato de Trabajadores Indígenas para acabar con el maltrato en las fincas y los abusos de los enganchadores. ¡Lástima que después este sindicato se volvió también enganchador!

En la zona de Los Altos, donde estaban las haciendas, Erasto Urbina ayudó a los mozos y baldíos a organizarse para que le quitaran sus tierras a los ricos y se formaran los ejidos, así comenzó un poco el reparto. Se empezaron a formar las colonias Chempil y Chijtón, en Huixtán, Achlum y Chempal en Tenejapa, Candelaria en San Cristóbal y muchas otras más en todos los municipios indígenas.

Por la organización de los campesinos fue que se formaron los ejidos. Pero ya no estaba bueno el terreno que nos dieron, no era mucho y estaba cansado; no salía nada, ni elote, ni frijol, ni trigo. Además la gente empezó a abundar más y más y nos volvimos a quedar sin tierra. Entonces, por el hambre y la necesidad tuvimos que ir a vender nuestra mano en la finca.

Luego llegó el momento de abandonar nuestros parajes y nos vinimos para acá, a la selva de Las Margaritas, para conseguir dónde vivir mejor con nuestras familias y no tener que trabajar en las fincas.

CAPÍTULO III

LA MIGRACIÓN

Ahora que tenemos bastantes años viviendo en Nacional, ya no queremos regresar en nuestros pueblos, por eso ya sólo nos acordamos de cómo fue que pensamos venir acá y cómo logramos formar nuestras colonias. Recordamos que en antes éramos campesinos muy pobres y que siempre andábamos buscando cómo mejorar nuestra vida, siempre estábamos pensando dónde podemos conseguir un poco de terreno para vivir. Anduvimos caminando por muchos lados, por Ocosingo, Guacamaya, Malpaso, pero no llegamos a encontrar nuestro lugar. Vimos que en Pujiltic o en cerca de Tapachula no nos podemos meter a agarrar tierras porque allá todo tiene dueño, todo es de ricos y finqueros, y hemos comprobado que si llega gente a tomar una finca, pronto mandan traer soldados para que la corran. También llegamos a entender que las autoridades no quieren repartir las propiedades que todavía quedan cerca de los parajes. Así pasó que en la colonia Jocosik de Viejo Huixtán ya no había terreno, por eso las gentes se pusieron de acuerdo para agarrar un pedazo de la hacienda El Retiro, vecina a su ejido. Cuentan que cuando lo supo el dueño se levantó y dijo:

—¿Por qué me vienen a quitar mi tierra? Voy a llamar al ingeniero para que los calme.

De ahí vino el ingeniero Pedro Faro Vargas, jefe de la zona de Los Altos del Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización (DAAC), que así se llamaba antes la Reforma Agraria. El señor que llegó a Jocosik midió toda la hacienda y luego regaña a la gente:

—No pueden quitar su tierra al patrón, dijo. Si quieren terreno vayan a buscarlo en Nacional.

Así fue como conocieron en Huixtán que había lugar desocupado adelante de Comitán. Ese mismo ingeniero visitó otros lugares de Los Altos y también nos dio la noticia, llegó a preguntar si no queremos ir a Las Margaritas porque allá hay bastante terreno. Ya antes habíamos escuchado eso de las

nacionales, porque la INI de San Cristóbal empezó a avisar a las autoridades de los parajes, pero no sabíamos si era verdad. La INI andaba aconsejándonos para que fuéramos a tierra caliente porque se daba cuenta que cada día había más necesidad y miseria y que de tanta pobreza los campesinos podían empezar a hacer bulla. El gobierno de Chiapas y de México estaban mirando que las tierras repartidas a los campesinos de Los Altos y de otros lugares del país no fueron suficientes y que tampoco eran buenas. Sabe el gobierno que son los ricos los que tienen la tierra y que por eso estamos pobres en los parajes, bien que lo sabe; pero no quiere encontrar problema con los terratenientes, por eso no les quita sus propiedades. Pensó el gobierno que mejor buscaba terreno libre y llegó a encontrarlo en las selvas de los estados de Chiapas, de Tabasco, de Campeche y de Quintana Roo.

Es cierto que en esos lugares habían llegado muchos años antes compañías madereras que tenían miles de hectáreas para hacer sus negocios. Mucho tiempo estuvieron trabajando, cortando la madera fina para llevársela a otros países; pero cuando se empezó a acabar el cedro y la caoba, se fueron los madereros y quedaron abandonadas todas esas hectáreas. Así la selva quedó libre para ser poblada por la gente sin tierra de Chiapas y de otros lugares del país.

En ese tiempo, más o menos en 1960, el INI y el DAAC comenzaron a mover para que los campesinos pobres se fueran a buscar su terreno. Nosotros no fuimos los únicos que dejamos nuestro lugar, poco tiempo antes muchos tzeltales y choles pobres habían empezado a llegar a la parte de la selva que pertenece a los municipios de Palenque y Ocosingo. Igual que nosotros las gentes de Oxchuc, Yajalón, Bachajón, Chilón, Ocosingo, Tila y Tumbalá supieron que había tierra por la plática de los trabajadores del DAAC y de la INI; así fue como estas dos instituciones promovieron la colonización de toda la selva.

El Sr. Manuel Gómez Castellanos del ejido Candelaria fue el primero de nosotros que organizó para venir en Nacional. El conoció a Erasto Urbina cuando estaba como jefe del Departamento y por ese señor supo de la tierra libre. El Manuel juntó a unos 80 solicitantes y de ahí se pusieron de acuerdo con el director de la INI y con el ingeniero Pedro Faro Vargas, hasta llegó un licenciado de México para ir a localizar el lugar desocupado de Las Margaritas. En 1957, terminando la Semana Santa, salieron 7 personas para hacer el primer viaje; eran 2 indígenas chamulas, don Manuel Gómez Castellanos y Salvador Gómez, y otras 5 personas: Pedro Faro Vargas, don Manuel Castellanos Cancino, el licenciado de México, un ingeniero agrónomo y un doctor de la INI. Dice nuestro compañero don Manuel cuando se acuerda de esa primera vez que miró la Selva:

—Creímos que no podíamos vivir acá porque era pura montaña, pero luego nos animamos mucho por la santa tierra, por los elotes que vimos.

Regresó este grupo a San Cristóbal y por su plática se llegó a saber que de verdad hay Nacional. Poco a poco se fue corriendo la voz y se empezó a escuchar por todas partes que hay tierra libre adelante de Comitán.

—Que está muy lejos, decían los que contaban, como a tres o cuatro días de camino porque no hay carro, no hay carretera, pero es tierra buena. En verdad es pura montaña, puros árboles grandes que hay que tumbar, pero lo que se siembra da muy bien. Salen muy bonitas las milpas, bastante maíz hay allá y también café, frijol, caña, plátano, naranja; toda clase de cosas se siembran y todo se da.

Escuchamos los de Chamula, los de Huixtán, los de Tenejapa, y empezamos a pensar que había tierra buena dónde vivir y que nosotros no teníamos nada, así pensábamos y buscábamos a otros compañeros para platicar. Entonces se juntó la gente y se hicieron listas de solicitantes.

Los primeros que llegaron a Las Margaritas fueron unos compañeros de San Juan Chamula, ellos hicieron varios viajes hasta que en 1962 encontraron dónde establecer su colonia. Así platican Mateo Sántiz Ruiz, Agustín Hernández Ruiz, Pascual Hernández Ruiz y Miguel Hernández Pérez, fundadores del ejido que se llama Nuevo San Juan Chamula.

Cuando se supo que los de Nuevo San Juan ya estaban viviendo en Nacional, muchas otras gentes nos animamos a buscar nuestro terreno. Entonces fueron las comisiones de distintos parajes a hablar con el ingeniero Pedro Faro Vargas del DAAC en San Cristóbal. Como no sabíamos hablar, como éramos muditos, nomás juntamos una canasta de huevos, de naranjas, o de otra cosita para regalarle al ingeniero; le llevamos su regalo para que nos explique bien cómo se puede hacer la solicitud. Después se fueron las gentes a llevar los papeles en la oficina del DAAC en Tuxtla Gutiérrez. Ahí les informaron dónde queda el Nacional y les dijeron:

—Vayan a ver si se hallan, si pueden trabajar. Ahí lo miran si les gusta, entonces les damos el terreno.

Así hicimos los fundadores de Nuevo Huixtán, de Jerusalén, de Santo Domingo Las Palmas y de otras colonias más, pero los que hicieron sus trámites después de 1970 ya llegaron a encontrar que el DAAC cambió a Reforma Agraria, ahí fue donde llevaron los de Matzam su solicitud de dotación.

En las oficinas sólo nos dijeron dónde queda el terreno, no nos dieron otra ayuda. No hubo quién nos apoyara o nos acompañara en ese tiempo, pues entonces no llegaban a la montaña ni la INI, ni Salubridad, ni Prodesch, ni siquiera teníamos maestros en un principio. Solos, pues, hicimos los trabajos para formar los poblados y para sembrar nuestras milpas. Sufrimos mucho cuando empezamos las colonias, aguantamos hambre, enfermedades, caminadas y muchas cosas más con tal de tener un lugar dónde trabajar y vivir con nuestras familias.

Así fue la lucha de los grupos que se organizaron desde los parajes para venir a hacer sus ejidos en Nacional. Después siguió llegando la gente a buscar acomodo en las colonias que ya se habían empezado a formar. Andaban las familias paseando por todas partes buscando lugar, buscando dónde les daban entrada.

Fue mucho el sufrimiento de los que salimos de Los Altos pensando que era fácil conseguir tierras en Nacional. Como ya teníamos conocidos y familia viviendo por acá, como lo escuchamos que había mucho lugar, entonces no pedimos razón del terreno, sólo juntamos nuestras cositas y dejamos los parajes. Es que pensábamos que sólo llegábamos y hacíamos nuestras casitas y ya, pero qué va a ser, dimos vueltas por todas partes y tardamos bastante en encontrar terreno. Prestamos un pedacito para la milpa, trabajamos ajeno y anduvimos buscando tierra en Ojo de Agua, en Jerusalén, Huixtán, Santo Domingo, en muchas colonias; pero en todas partes nos decían que estaban completos los ejidatarios y no nos aceptaban. Algunos compañeros tzotziles de Nuevo Matzam platican que cuando llegaron a Las Margaritas pasaron por muchos lugares, así dicen:

—Llegamos en Ojo de Agua a prestar terreno, luego estuvimos en Santo Domingo y allí escuchamos que había tierra desocupada cerca de Nuevo Jerusalén. Entonces nos juntamos con gente que venía de Los Llanos, municipio de San Cristóbal, para formar una colonia nueva. Pero no era cierto que estaba libre el lugar, esas tierras pertenecían a Santo Domingo y a Jerusalén. Por eso la gente de esos ejidos se enojaron y dijeron:

—A nadie le vamos a vender maíz ni frijol, para que se salgan. Se van a morir de hambre y se van a tener que salir.

Pero nosotros no nos fuimos luego, como un año aguantamos allí. Trabajamos en Huixtán y en Pacayal y comprábamos el maíz a escondidas, en la noche lo cargábamos

para que nadie nos viera. Pasamos hambre y comimos sólo poquito elote, contadas las tortillas; a veces sólo encontramos fruta o *juxte'* para comer.

Así estuvimos hasta que un día llegaron hombres de Jerusalén y Santo Domingo con sus rifles y machetes para asustarnos.

—Este es nuestro terreno, dijeron. ¿Qué cosa hacen aquí? ¡Váyanse!

Estábamos viviendo en ese lugar como 20 o 25 familias cuando llegaron encabronados los dueños del terreno a correrrnos, pero sólo a las mujeres encontraron porque los hombres habían salido a trabajar. ¡Pobres mujeres! se quedaron temblando por el miedo. Entonces ahí lo llegamos a pensar bien y nos fuimos; teníamos sembrada nuestra milpa y allí nomás la dejamos. Cuando salimos de las tierras de Jerusalén encontramos entrada aquí en Nuevo Matzam y aquí nos quedamos a vivir.

Así llegamos a ver que también aquí hay bastantes problemas por la tierra. Vimos que los de San Pedro Yutniotik peleaban con los de Río Azul; los de Santo Domingo, con los de Zacualtipan; los de Matzam, con los huixtanes. Es que la Reforma Agraria no deja las colonias bien arregladas, no deja bien claro dónde están los mojones de cada ejido, por eso hay tanto pleito entre las gentes que vinimos a vivir aquí. Además sigue habiendo problemas por la tierra porque somos bastantes los campesinos pobres y sólo unos cuantos encontramos acomodo en Nacional, la mayoría no encontró tierra y sigue igual en su pobreza. La tierra caliente está toda ocupada, ya no queda ni un pedacito libre, y no hay dónde se pueden ir las gentes sin terreno. Por eso también nos ponemos a pensar qué van a hacer los hijos de nuestros hijos. Ellos van a llegar a sufrir porque la tierra no va a durar para siempre, la van a repartir en pedacitos y no van a tener ni una hectárea; ya no va a tener sabor su terreno y ya no va a salir su cosecha de maíz. No sabemos lo

que van a hacer, a lo mejor empieza todo otra vez y vuelve a ser igual como en Tierra Fría o llegan a luchar contra los finqueros. Nosotros ya pasamos mucho sufrimiento, ya lo vimos cómo es.

CAPÍTULO IV

LA FORMACIÓN DE LAS COLONIAS

Cuando se escuchó la plática de que había tierra nacional desocupada adelante de Comitán, la gente de varios municipios se empezó a organizar para venir a buscarla. No nos vinimos todos de una vez, sino que se formaron comisiones para mirar dónde quedaba el terreno, pues sólo habíamos escuchado que estaba muy lejos, como a tres o cuatro días de camino.

Los primeros que vinieron fueron los de Nuevo San Juan Chamula. Manuel Gómez Castellanos ya había llegado antes a localizar el terreno, entonces él acompañó a un grupo de hombres para mostrarles el camino. En San Cristóbal agarraron un camión hasta Comitán y luego otro hasta Tierra Blanca, pues ahí nomás llegaba la carretera; después pura caminada. Había mucho miedo por el tigre, los moscos, el calor y el lodo que había tanto. Algunos no pudieron siquiera llegar, se regresaron a medio camino cuando vieron que era pura montaña.

De todo el grupo que vino con Manuel Gómez Castellanos sólo quedaron cuatro hombres: Mateo Sántiz Ruiz, Agustín Hernández Ruiz, Pascual Hernández Ruiz y Miguel Hernández Pérez. Ellos llegaron en Ojo de Agua y ahí se quedaron tumbando el monte para sembrar. Duraron como un año en ese lugar, hicieron su milpa y su casita, pero luego pasaron a buscar más terreno en otro lado porque ahí en Ojo de Agua era muy poco.

Estuvieron dando vueltas por atrás del cerro; fueron y regresaron muchas veces porque no encontraban dónde estaba bueno el lugar pero lo volvían a buscar. Así hicieron la lucha hasta que por fin encontraron el río grande, entonces, cuando lo vieron dijeron:

—¡Ya encontramos lugar bueno! Vamos a trabajar aquí y luego llamamos al ingeniero.

Así lo pensaron esos hombres y le platicaron a Manuel Gómez Castellanos que ya habían encontrado más tierra,

entonces el Manuel juntó a otros compañeros de Tierra Fría y los llevó a conocer Pacayal, pero no les gustó, tuvieron miedo por el tigre y por el río que estaba bien grande.

—No queremos venir a morir aquí en la montaña, dijo Manuel. Mejor vamos a hacer el poblado aquí en Ojo de Agua. ¿Qué cosa van a ir a hacer ustedes tan lejos?

Pero los hombres que venían con don Agustín Hernández Ruiz pensaban que estaba mejor el terreno en Pacayal, era grande y había bastante agua.

—A nosotros nos gustó ese lugar, dijeron, por eso nos vamos allá.

Así fue entonces como se fueron a Pacayal; pasaron el río de Santa Elena y abrieron una brechita de camino, luego buscaron un lugar dónde establecerse. Empezaron a descampar un pedazo, así como una cuerda, entonces hicieron un ranchito chiquitillo para dormir, pues pasaban la noche en el monte y como llovía bastante, ahí caía el agua encima de ellos; así la primera noche, la segunda, la tercera, hasta la cuarta o quinta noche fue que ya tuvieron su ranchito.

Eran puros hombres solos, sin mujeres y sin familia, sólo traían un machetito cada uno y con eso quedaron. Empezaron a trabajar, a chaporrear y a limpiar, tumbaron el monte y así sembraron la milpa para comer, pues al principio se alimentaban con puro pinole, puntas de palma y caracoles; así se alimentaron como dos o tres meses hasta que cosecharon maíz. Cuando salió el maicito se fueron en Tierra Fría a dar cuenta de que ya tenían trabajo, entonces se vinieron más hombres.

Los huixtecos llegaron después de los de Nuevo San Juan; pasaron por Pacayal a preguntar dónde quedaba la tierra libre y ahí les informaron que atrasito del cerro.

Cuentan los de Nuevo Huixtán que allá en Jocosik se formó una comisión para venir a buscar el terreno, pues en la oficina agraria de Tuxtla les habían dicho que había tierra

nacional desocupada. Los primeros que llegaron fueron Nicolás Huet, Manuel Martínez, Sebastián Gutiérrez, Alonso Lara Moshán y Miguel Bolom. Estos señores se vinieron bien preparados con su machete, su hacha y sus tortillas tostadas.

Cuando llegaron a las tierras desocupadas se encontraron al señor Rubén Aguilar Argüello que es de la colonia Independencia, municipio de Comitán; él llevaba ya un año viviendo solito con su familia aquí en la selva, entonces los señores de Jocosik le hablaron y él les dijo dónde se podían quedar. De ahí empezaron a trabajar, a tumbar monte y a sembrar milpa; estuvieron una semana y regresaron en Tierra Fría para informar a los demás:

—Miren compañeros, dijo la comisión cuando se juntó la gente allá en Jocosik, piensen ustedes si nos vamos porque sí es verdad que hay terreno, nosotros traemos la muestra del terreno nacional, traemos caracoles que allá hay bastantes. La comida es muy buena y el terreno también; allá no vamos a hacer limpia de milpas, así nomás crían. Piénsenlo, pues, si quieren ir.

Entonces de ahí lo escucharon los demás hombres y en el mes de mayo de 1964 volvió a venir otra comisión formada por Alonso Lara Moshán, Nicolás Huet, Manuel Martínez y Miguel Vázquez. Tumbaron el monte, sembraron su milpa y cuando dejaron hechas sus casas con hoja de palma, regresaron en Jocosik a buscar a sus familias.

Para septiembre de 1964, Manuel Martínez Lara, Nicolás Huet Lara y Pedro Martínez Pérez llegaron con sus familias a quedarse definitivamente en la selva. En enero de 1965 llegaron seis familias más de Jocosik, las de Alonso Lara Moshán, Sebastián Gutiérrez Pérez, Miguel Vázquez, Manuel Bolom, Antonio Gutiérrez Pérez y Pedro Bolom. Seis meses después, en junio de 1965, llegaron seis familias de Chijtón y luego, poco a poco, empezó a llegar gente de otros parajes de Huixtán.

En ese tiempo no se veía el sol por la sombra de los árboles que eran bastantes y bien grandes. También había tigres y muchas culebras como nauyaca y cantil, por eso era muy peligroso salir en el monte. Las mujeres estaban muy asustadas porque había colmoyote, chaquiste y otros animales de tierra caliente que ellas no conocían. Como vapor sienten en la noche, tienen mucho sudor y no pueden tapar sus ojos para dormir. Hasta los hombres también se espantaron, como que no se hallaban y muchos se regresaron en Tierra Fría.

Fue mucho el sufrimiento que tuvimos para formar las colonias, pues aquí no se encontraba nada: ni sal, ni azúcar, ni jabón, ni petróleo. Teníamos que ir hasta en Comitán para comprar nuestras cositas y era bien duro, pues llevaba tres días de camino si íbamos los hombres solos y seis días de caminada cuando iban las mujeres.

Luego, aquí en los ejidos también había mucho trabajo, pues como era pura selva teníamos que desmontar para poner nuestras casitas y empezar a sembrar la milpa para comer. Con hacha y machete tumbábamos los árboles, pero como eran muy grandes tardábamos mucho.

En donde está ahorita el poblado de Nuevo Huixtán, había antes mucha agua regada, pero como era el mejor lugar para poner las casas, los hombres se organizaron para sacar el agua y abrir su camino del arroyo. Así estuvieron trabajando muchos días, buscando por dónde salía el agua, tapando todos los agujeros y abriendo la zanja del arroyo, y aunque al principio les dio miedo porque era puro monte, así lo hicieron hasta que quedó seca la planada.

Nuestro derecho de ejidatarios no nos lo dieron luego, primero se tuvo que juntar toda la gente que iba a vivir aquí, pues el ingeniero había dicho que hasta que estuviéramos todos llegaría a hacer el censo. Poco a poco, en Pacayal y Nuevo Huixtán se abundó la gente y cada uno empezó a construir su casa, cada uno fue tumbando el monte y haciendo

su propio trabajo, ya cada quien sembraba su propia milpa; así fueron llegando las familias hasta que se completaron los ejidos.

Cuando se formó el poblado de Pacayal, el grupo de los fundadores comenzó a pensar en el nombre que le iban a poner. Diario, diario lo pensaban y decían entre ellos:

—Que se llame Nuevo San Juan, decían, porque somos San Juan también; o si no, que se llame Nuevo San Juanito.

Así platicaban los hombres hasta que hicieron acuerdo de que se llamara Nuevo San Juan Chamula, entonces, cuando quedó el nombre le avisaron a Manuel Gómez Castellanos para que hiciera los trámites en la oficina agraria de Tuxtla.

El 13 de febrero de 1964 se metió la solicitud de dotación para el ejido de Nuevo San Juan Chamula y el primero de agosto de ese año llegó el ingeniero a levantar el censo.

—Van a ser 68 ejidatarios, dijo.

En ese tiempo ya estaba organizado el Comité Particular y Manuel Gómez Castellanos era presidente del Comité Ejecutivo, pues él había hecho todos los trámites; pero luego, en noviembre de ese año de 1964, volvió a llegar el ingeniero para hacer el deslinde del terreno y levantar el acta de dotación provisional, entonces entregó 2,800 hectáreas para el ejido y Salvador Kuchkul quedó como Comisariado Ejidal.

En el acta provisional decía que a cada uno de los 68 ejidatarios le tocaban 20 hectáreas para su parcela; 40 hectáreas eran para hacer el poblado y que además había 1,380 hectáreas de monte para sacar de ahí la leña. Así fue como quedó en el acta.

Después de eso, las autoridades de Nuevo San Juan empezaron a hacer las gestiones para tener la dotación definitiva, pero tardó casi ocho años para que entregaran los certificados de derechos agrarios.

Como ya se sabía cuántas hectáreas le tocaban a cada uno, la comunidad se organizó para repartirlas. Se formaron co-

misiones de seis o siete personas cada semana y así se fue entregando el terreno a cada quien. Costó trabajo sacar las comisiones cada sábado y tardó como dos años para que se repartiera todo, pero la comunidad le entregó a cada ejidatario sus 20 hectáreas.

En el año de 1972 llegó otro ingeniero a Nuevo San Juan Chamula a entregar el acta de dotación definitiva. Ese día todos los ejidatarios firmaron las actas de acuerdo, la depuración censal y el plano definitivo. Así fue como después de 10 años de vivir en la selva quedó por fin completa la carpeta básica de ese ejido.

En Nuevo Huixtán pasó casi igual. Manuel Martínez fue el que organizó para hacer los trámites en la oficina del DAAC; así, el 31 de mayo de 1965 se metió la solicitud de dotación y un año después llegó el ingeniero a hacer el censo. El acta provisional la levantaron el 26 de julio de 1966 y ahí quedó que iban a ser 74 ejidatarios con 20 hectáreas cada uno.

Cuando se hizo la dotación, a Nuevo Huixtán le tocaron 1,940 hectáreas que se repartirían entre los 74 ejidatarios, 60 hectáreas para el poblado, 20 hectáreas para la parcela escolar y 380 hectáreas más de monte para toda la comunidad.

Así quedaron completos estos ejidos, se repartieron las parcelas y el terreno para las casas y los sitios y todos tuvimos que trabajar muy duro, pues para formar un poblado lleva tiempo, y más que no estábamos acostumbrados al calor, a los moscos, a la enfermedad de paludismo. Pero ¿qué le íbamos a hacer? si teníamos tanta pobreza en nuestra tierra de antes y por eso tuvimos que salir de ahí.

Por la falta de tierra, por el hambre, por el maltrato en la finca y por toda la pobreza que tenían, muchos campesinos de Tierra Fría salieron de sus parajes a buscar dónde vivir mejor. Así fue como aquí en la selva de Las Margaritas se empezaron a formar muchos ejidos como Nuevo San Juan, Nuevo Huixtán, Nuevo Jerusalén, Maravilla Tenejapa, Santo Domingo

Las Palmas, San Mateo Zapotal, San Pedro Yutniotic, Nuevo Matzam y otros más.

Allá por el año de 1974, un grupo de gente del paraje Matzam de Tenejapa había escuchado que todavía quedaba terreno nacional desocupado aquí en Las Margaritas, y como era mucho su sufrimiento por no tener tierra, lo pensaron de venirse para acá.

Dos hombres de Matzam vinieron primero a conocer el terreno. En carro llegaron hasta Santa Elena y de ahí empezaron a caminar hasta Nuevo San Juan Chamula donde se quedaron a descansar; al día siguiente salieron y llegaron a la estación del Jabalí donde trabaja el operador del Río Grande, él los cruzó el río con su canastillo, siguieron su camino y llegaron a otra estación de la Comisión Federal de Electricidad que es la de Río Azul.

—Buenos días, le dijeron al trabajador.

—Buenos días, contestó. ¿De dónde vienen ustedes?

—De San Cristóbal, contestaron los hombres.

—Y ¿qué vienen a buscar aquí desde tan lejos?

—Venimos a buscar nuestras tierras, le dijeron al ladino.

Así empezaron a contarle al operador que sabían que había tierras nacionales desocupadas y él dijo que también lo había escuchado y algo les contó. Cuando terminaron la plática se despidieron, le dieron las gracias y siguieron su camino. Ya estaba cerca donde iban, faltaba como una legua nomás, pero como ya casi obscurecía quedaron a descansar en una casita abandonada que encontraron. Cuando amaneció caminaron hasta donde les habían dicho que estaba el terreno libre y ahí lo vieron que sí era cierto, entonces regresaron en su paraje de Tenejapa para platicarlo con los demás compañeros y pensar bien cómo iban a hacer.

Cuando lo tuvieron bien pensado y decidido de venirse a la selva, Pedro Luna López y Manuel Luna López se fueron en la oficina de la C.N.C. a llenar la solicitud de dotación. Allí

hablaron con el licenciado Luis Ochoa y con él fue que hicieron los trámites de la solicitud. Cuando estuvieron listos los papeles con las firmas de todos los hombres, el licenciado les dijo que sólo había que esperar como 15 o 20 días al ingeniero de la Comisión Agraria Mixta para que fuera a medir el terreno.

El 9 de diciembre de 1974, ocho familias del paraje Matzam, municipio de Tenejapa, salieron de Tierra Fría para venir a fundar la colonia de Nuevo Matzam aquí en la selva de Las Margaritas. Tres días hicieron de camino, quedaron a dormir primero en Santa Elena y después en Nuevo Huixtán. Al tercer día pensaron que era mejor que las mujeres y los niños se quedaran en Nuevo Huixtán hasta que estuvieran listas las casas, y así lo hicieron. Entonces Pedro Luna López, Manuel Luna López, Antonio Girón Luna, Alonso Sántiz Luna, Alonso Girón Luna, Sebastián López Entzín, Manuel Luna Guzmán y Miguel Luna Guzmán se fueron caminando hasta donde estaban sus tierras.

Lo primero que hicieron cuando llegaron fue buscar dónde había un poco de planada para poner las casas; estaba muy nublado y había mucho lodo, pero se pusieron a descampar y así abrieron un lugarcito como de seis metros a orillas del río. Comieron un poco y luego se organizaron para ver quién buscaba los postes y las palmas para las casas, quién el bejuco para amarrarlas, quién los palos para la pared.

Al día siguiente, el 12 de diciembre, se pusieron a construir las casas y cuando las terminaron fueron en Nuevo Huixtán a traer a sus familias.

¡Pobres mujeres! se asustaron mucho cuando vieron el río, pensaron que se iban a morir ahí de una vez; pero luego agarraron valor y cruzaron en balsa. Cuando se establecieron estas familias se empezó a publicar que se estaba formando una nueva colonia y así fue que comenzó a llegar más gente.

Para poder vivir, los primeros fundadores de Nuevo Matzam tuvieron que ir a trabajar a San Pedro Yutniotic, ahí les pagaban 100 mazorcas de maíz al día y con eso pudieron mantenerse un poco en lo que salía la milpa. Luego, poco a poco fueron encontrando su comida ahí mismo en el ejido y cuando llegaron los demás compañeros ya no tuvieron que salir a buscar su alimento en otro lado.

Igual que en Nuevo Huixtán y Nuevo San Juan, en Nuevo Matzam también hubo mucha organización para construir las casas y trazar las calles del poblado. Se hicieron como unas 25 casas de madera y palma, se abrió un camino más directo a Nuevo Huixtán pasando por la orilla del río y también se construyeron muchos cayucos para pasar, pues las primeras balsas que usaban, como eran de palitos amarrados, no eran seguras.

No se sabía dónde llegaban los límites del terreno de Nuevo Matzam, por eso los huixtecos pensaron que les estaban invadiendo sus tierras y los llegaron a sacar.

El problema entre los de Nuevo Huixtán y los de Nuevo Matzam duró como dos años, de 1977 a 1979 y no se arregló sino hasta después de muchos viajes a las oficinas de la Reforma Agraria y de la Forestal en donde se solicitaba que mandaran a los ingenieros para hacer el deslinde de las tierras y dieran el permiso para cortar árboles.

Así terminó ese pleito y para 1981 ya estaban completos los 51 ejidatarios de Nuevo Matzam, entonces comenzaron a repartirse las 955 hectáreas del terreno y a cada ejidatario le tocaron dos sitios de 40 metros cuadrados cada uno y una parcela de 9 o 10 hectáreas.

En Nuevo Matzam quedaron revueltas personas de diferentes municipios y de distingas lenguas, hay 19 familias tzeltales de Tenejapa y 32 tzotziles de Chamula, Chenalhó y Huixtán, pero aunque es diferente su traje y diferente su lengua

hicieron acuerdo para vivir juntos, pues todos eran campesinos pobres que andaban buscando un lugar dónde poder trabajar.

La formación de nuevos ejidos aquí en la selva de Las Margaritas nos llevó mucho tiempo y mucho trabajo; fue grande en verdad el sufrimiento que tuvimos de caminar en la montaña, buscar nuestras tierras, tumbar el monte y acostumbrarnos al calor, el lodo, los aguaceros y tanta enfermedad de tierra caliente. Por eso, pues, es que queremos escribir nuestra historia, para que no se olvide y para que nuestros hijos y toda la gente que la lea, la conozca.

CAPÍTULO V

LA PRODUCCIÓN EN NUESTRAS COLONIAS

Así como hemos platicado llegamos a encontrar un lugarcito dónde vivir con nuestras familias y ahora tenemos un poco formadas nuestras colonias. En Nacional sólo trabajamos lo nuestro para conseguir el alimento y para cosechar el café; ya no buscamos la paga en otros lados porque aquí sale de todo: maíz, frijol, café, frutas y algunas verduritas; así nos mantenemos bien y no nos acordamos del hambre, ni del maltrato en la finca.

Hace años que llegamos a esta tierra santa, entonces no había nada, ni maíz, ni frijol, ni fruta. Es que eran colonias nuevas, por eso no había qué comer. Para los primeros fundadores fue muy duro, pues estuvimos comprando el maíz en los ejidos más viejos y a veces lo conseguíamos con puro trabajo. Hasta que empezó a salir nuestra cosecha paramos de comprar la comida y dejamos de salir. De ahí seguimos trabajando nuestra propia milpa; sólo eso pusimos en un principio porque cuando llegamos a vivir aquí no sabíamos que íbamos a sembrar nuestro café, pensábamos que nada más se podía cultivar el maíz y el frijol como en nuestra tierra de antes.

Así pasó que cuando llegaron a hacer las colonias de Nuevo San Juan y Nuevo Huixtán, los fundadores sembraron varias hectáreas de pura milpa, entonces guardaban un poco para el gasto del año y quedaba todavía para vender. Llevaban cargando el maíz en la espalda hasta en Tierra Blanca, allá se iban los hombres a vender. Después juntaron poco a poco el dinerito para comprar o rentar caballos, así se ayudaban para llevar los bultos. Salía mucho maíz, pero como era difícil de vender y tenían necesidad de comprar ropa, jabón, sal, azúcar y otras cosas, empezaron a ver dónde podían conseguir un poco de dinero. De ahí pensaron que era mejor tener puercos porque salen solitos caminando cuando los quieren vender. Entonces casi todas las personas compraron los animales y las mujeres los cuidaban, eran ellas las que los mantenían mientras

engordaban para vender. Un tiempo, pues, tuvieron puerquitos en San Juan y Huixtán, pero luego vieron que hacen mucho perjuicio, que son muy sucios y por eso no pudieron seguir con ellos.

En esos primeros años unas pocas personas de los dos ejidos se organizaron para comprar ganado. No todos los colonieros quisieron animales; en San Juan se pusieron de acuerdo sólo 20 personas y esos son los socios hasta la fecha. Ellos hicieron una cooperación y fueron a buscar el ganado a una hacienda que se llama Argovia en este mismo municipio de Las Margaritas. Se organizaron y consiguieron cuatro vaquitas y un toro, cinco en total. Igual hicieron diez personas de Jocosik que viven en Nuevo Huixtán, también se juntaron y cooperaron. Cien o doscientos pesos puso cada socio para sus ocho vacas y su toro porque costaban baratos los ganados en ese tiempo, como 600 o 700 pesos nada más. Lejos se fueron a comprar sus animales los de Huixtán, los consiguieron en Ixhuitz que está en el municipio de Guatemala; a otras vacas las llevaron de la colonia Hidalgo, municipio de Trinitaria. Así fue como empezaron a traer el ganado en San Juan y Huixtán, pero eran muy pocos animales y no muy los podían vender.

Durante ese primer tiempo los compañeros huixtecos y de Pacayal pensaron que ni el maíz, ni los puercos, ni el ganado ayudaban con el dinero que necesitaban para mantener a sus familias. Entonces miraron que en esta tierra caliente y fértil crece el café y que en algunos ejidos cercanos ya lo estaban sembrando.

—Ya va a entrar la carretera, escucharon.

—El café es dinero porque lo podemos vender, decían.

Así fue que lo copiaron. De por sí los que venimos de Tierra Fría conocemos cómo es el café, sabemos que se puede vender bien porque antes llegábamos seguido en las fincas y allí miramos que sí sirve, por eso pensamos de sembrarlo aquí.

El primero que lo cultivó en San Juan fue Mateo Sántiz Ruiz. En Huixtán empezó el café en 1971 cuando don Andrés Bermúdez Gutiérrez y don Manuel Martínez llevaron la matita chica que se llama mariposa. Hasta en San Antonio Los Montes se fueron a buscar las plantitas, trajeron bastantes y las sembraron directo en la tierra con un palo de hierro, con la macana las pusieron, como si fuera maíz.

Poco a poco toda la gente de las dos colonias comenzó a cultivar este grano. En San Antonio regalaban las plantitas de mariposa, pero las del almácigo eran compradas a veinticinco centavos cada una. También se podía conseguir la semilla, sólo que así llevaba mucho trabajo y mucho tiempo se tiene que esperar para la primera cosecha. Al principio pusieron poco café como 200 o 300 matas; abrían un lugarcito chico, como de media hectárea. En ese tiempo casi no cosechaban nada porque estaban jóvenes los cafetos y además no los sabían cuidar bien. Después fueron pasando los años y crecieron las plantas y ahora en esos ejidos ya tienen bien puestos los cafetales.

En la colonia Nuevo Matzam empezaron a cultivar su café casi igual. Como ellos llegaron unos años más tarde, lo vieron en Pacayal y en Huixtán y les gustó.

Los matzabes también sufrieron mucho cuando llegaron porque no encontraban nada para comer, del trabajo en Huixtán, en Jerusalén y en otras colonias venía su comida y también de allí sacaron su dinero para comprar la semilla y sembrar su propia milpa. Pronto tuvieron su primera cosecha y entonces ya no estuvieron con hambre. Su tierra es buena, por eso les alcanzaba el maíz para vender y hasta allá llegaban los compradores de otras colonias; pero también vieron las gentes de Matzam que la pura milpa no da suficiente dinero para la necesidad del campesino, de ahí que seguían buscando trabajo en las colonias más antiguas, en San Pedro, en Huixtán, en Pacayal, hasta en Ojo de Agua y Santa Elena se iban a

chambiar. Casi todo el día lo pasaban haciendo las tareas en tierras ajenas y la paga era muy barata, por eso se fastidiaron de salir y vieron que es mejor tener cafetales propios. Cuando ya llevaban unos cinco años de vivir en su colonia y ya tenían repartidas las tierras que tocaban a cada ejidatario, entonces buscaron los de Matzam un buen lugar para el café y fueron a buscar la mariposa en San Juan, en Ojo de Agua y en Jerusalén, De pura planta compraron para tener luego su cosecha y ayudarse con un poco de dinero.

Nadie nos dijo, entonces, a nosotros los nacionaleros que nos dedicáramos al café, pero nos dimos cuenta que se vende más caro que el maíz, por eso lo sembramos. Bien lo sabemos que hay política de café por eso es fácil venderlo y da dinero. También sabemos que antes sólo los finqueros controlaban el café y que ningún campesino lo sembraba. En verdad hace poco tiempo que los colonieros empezaron a trabajar su propio cafetal, antes en pura finca lo conocían. Pero después el gobierno quiso que hubiera más café en este país de México para poderlo vender con los ricos de las ciudades y también para sacarlo al extranjero, por eso fue que pudimos cultivar el grano en los ejidos. Es cierto que nadie nos obligó, fue por nuestro gusto que lo sembramos, pero muchos intermediarios se han aprovechado de nuestra producción.

Cuando los sanjuaneros y los huixtantes recién empezaban a sacar las primeras cosechas, vendían el producto en Tierra Blanca o en Tzizcao. También iban con sus bultos en Ojo de Agua, de allí los recogía un coyote de San Antonio Los Montes y los sacaba en mulas. Era mucho el sufrimiento para la pobre gente llevar en su espalda el café, era poquito pero siempre costaba bastante caminar con la carga durante varios días. Después empezó a llegar un poco la carretera, entró a Santa Elena y los hombres se fueron para allá a vender. Cuando avanzó más el camino vinieron los coyotes con sus

carritos y hasta en las mismas colonias abundaron los compradores.

La gente de Matzam sólo sacaba un costal o medio costalito de café cuando empezaron; eso fue hace unos 6 o 7 años porque los primeros cinco estuvieron con su pura milpa. Quedaba lejos el transporte, pues la carretera llegaba sólo hasta San Juan, por eso vendían con puro coyote que llegaba a comprar en la mera colonia y entonces no tenían que cargar. Con los huixtanes empezaron a vender, no daban su grano al INMECAFE porque necesitaban prontito el dinero y así siguen hasta ahora en esa colonia, vendiendo con los particulares de Huixtán y de Poza Rica.

Mero al principio, como sólo éramos unos cuantos los que teníamos café en las colonias, no muy contratábamos gente. No podíamos tener trabajadores porque éramos muy pobres todavía y no había con qué pagarles. Por eso más bien los que ayudaban en los cafetales eran de la propia familia; hombres, mujeres, muchachos, todos trabajábamos bien duro. Luego salió un poquito de grano, lo vendimos y pudimos pagar a una o dos personas de la misma colonia. Puro ejidatario hacía los trabajos; ayudaban en la tapisca los compañeros que todavía no sembraban su café. Así pasó en cada colonia. Sólo con dinero pagaban en Nuevo San Juan y Nuevo Huixtán porque nadie pedía maíz. En cambio los de Matzam sí les dieron mazorcas de maíz a sus primeros trabajadores. Como tres años estuvieron pagando así los matzabes porque no tenían dinero, sólo su milpa tenían cuando estaban sembrando los cafetales. Hasta que vendieron un poquito su café empezaron a pagar $ 500 a los trabajadores en Nuevo Matzam.

De esta forma entre los mismos colonieros nos ayudábamos en los trabajos. Pero más después casi todos pusieron su café y las plantas se desarrollaron un poco, entonces ya nadie tenía tiempo para ayudar, ahí empezamos a sufrir por buscar trabajador. Así fue como volvimos a nuestros parajes

de Tierra Fría a llamar a nuestra familia o a otros compañeros que quisieran venir aquí porque ya se estaban cayendo los frutos. También recibíamos gente de los ejidos más nuevos en esos años, pues ya necesitábamos a tres o cuatro trabajadores cada quien para el corte de nuestro café.

Ya más despuecito llegaron los refugiados guatemaltecos. Entonces dejamos de preocuparnos por los trabajadores porque ellos nos ayudan a levantar la cosecha, a chaporrear y a hacer todas las cosas que quiere el cafetal para producir. Hasta nos dio gusto que llegaran porque nosotros necesitamos mucha ayuda. Si no tapiscamos a tiempo, de balde están nuestras hectáreas sembradas, quedan de puro adorno.

Pero todavía antes de la entrada de los refugiados, allí por el año de 1973, llegó el INMECAFE en los meros poblados de San Juan y Huixtán y poco después en Matzam. Como supo el Instituto que había ejidos aquí en la montaña y que producíamos café, nos llegaron a buscar. Los trabajadores de esas oficinas nos explicaron que venían de parte del gobierno para hacer una unión de campesinos cafeticultores y nosotros lo aceptamos. Nos prometieron buenos precios, también remanente y ajustes y dijeron que iban a hacer un centro receptor en Amparo Aguatinta. Nosotros creímos todo y ya no fuimos con los coyotes que pagan barato, mejor nos acercamos a vender con la Unión. Muchas cosas ofrecieron, traían matitas de pesetilla, coas y tinas para fumigar los cafetos contra la roya y la broca. Los técnicos nos enseñaron a hacer la siembra, reseca, poda, deshije, a poner bien la sombra y mucho más aprendimos con ellos. Nos pusimos contentos cuando llegó el INMECAFE porque al principio cumplía y nos trataba bien.

Después empezó el engaño del Instituto. Tal vez pensaron que éramos un poco dejados y entonces ya no nos pagaron los remanentes, ni los ajustes; tampoco nos dieron los bultos de fertilizante, ni el líquido para fumigar que prometieron. Empezaron a hacer mucho descuento aunque tenemos bien

escogido el grano y a veces ni siquiera aceptan nuestro café, entonces allí nos quedamos con los bultos. Así es como nos engañan, nos roban y además nos hacen perder el tiempo porque no pagan rápido, dicen que no hay dinero y tenemos que esperar o andar preguntando a cada rato cuándo van a pagar. Y luego si miran que la gente se amontona para exigir, nos maltratan. Puras mentiras es ese Instituto.

El gobierno abrió las oficinas del INMECAFE para comprar directamente al campesino. Dicen que esa institución apoya al pequeño productor, que van a arreglar los cafetales y controlar los precios para que el campesino venda mejor; pero no es cierto. La verdad es que sus programas son puro tapaojos, sólo hablan para que nos acerquemos a vender con ellos y a la hora de la hora sale pura mentira. La gente de esta Tierra Nacional ya despertamos, ya vimos que el INMECAFE roba más que los coyotes, por eso dejamos sus programas.

Pues bastantes problemas hay para vender el café porque nosotros no podemos comercializar directamente; ni modo que lo llevemos a vender así con cáscara o en cerezo, eso no se puede. Los campesinos producimos poco café —20, 30, hasta 100 bultos sacamos— en cambio los finqueros manejan miles de bultos y saben dónde pueden vender bien. ¿Qué pena van a tener los finqueros? A ellos no les falta nada, pueden contar con 40 o 50 millones de pesos para tener bien cuidados los cafetales y para invertir en su maquinaria. Puro bulto de 70 kilos de café oro tiene el finquero, tiene hecho el contrato con el extranjero y manda miles de toneladas.

¿Cómo nos vamos a comparar con los ricos? No nos podemos igualar con ellos pues tienen muchas ventajas sobre los campesinos. El finquero tiene 4 o 5 propiedades con bastantes hectáreas; en cambio el ejidatario cuando mucho tiene 30 o 40 hectáreas, pero la mayoría tenemos todavía menos. Además en nuestro terreno también sembramos maíz y frijol, porque del puro café no se come. Los colonieros

estamos muy atrasados, pues aunque sacamos buen dinero del café, lo tenemos que gastar para comprar nuestra medicina, nuestra ropa y nuestros zapatos. Es poco lo que podemos ahorrar y ya no nos queda para mejorar nuestros cafetales. Luego, por no tener dinero no podemos beneficiar nuestro café, entonces nomás lo vendemos en pergamino y en cerezo con los particulares. El rico no tiene problema, él sí puede invertir, mete sus fertilizantes, sus insecticidas, sus máquinas, contrata bastante trabajador y luego puede vender muy bien en otro país.

Los campesinos no tenemos las ventajas del finquero. Eso sí, tenemos que buscar nuestra ayuda porque solos no podemos con el trabajo, pero no son muchas las gentes que buscamos. En estas colonias contratamos trabajadores para el chaporro, desombre y otras tareas desde marzo hasta agosto; pero la tapisca es lo que quiere más gente. En septiembre se empieza a levantar la primera cosecha y luego viene la segunda y así hasta que no queda nada de grano, por eso el corte llega a terminar en el mes de enero. La mayoría de nuestros ayudantes son refugiados que viven en Huixtán y en Pacayal; en Matzam también llegan guatemaltecos que viven en San Pedro Viejo y en Nueva Poza Rica. Además siguen llegando unas pocas personas de Tierra Fría, son conocidos, son familiares, por eso los recibimos.

No todos contratamos la misma cantidad de trabajadores porque no todos sembramos lo mismo. Algunos tienen una o dos hectáreas; otros, cinco o seis; y hay quienes tienen hasta ocho hectáreas de puro café. De ahí que reciben de dos a cuatro personas los que apenas sembraron una hectárea de cafetal; de cinco a diez si sembraron dos; y treinta o más, los que tienen bastante café. Tampoco son iguales las colonias; en Huixtán y en San Juan hay mucho cafeto, en cambio Nuevo Matzam tiene pocos lugares buenos donde sembrar la mata porque allí casi no tienen tierra y hay mucha cañada. Entonces si llegan a

poner el cafetal un poco alto en el cerro, ya no sale la cosecha, nomás se seca y no da nada. Por eso los ejidatarios no tienen más de una o dos hectáreas sembradas de su café. Así que también hay mucha diferencia entre nosotros que somos cafeticultores, pero de cualquier forma ningún nacionalero se puede igualar con los finqueros que de verdad son ricos.

A nosotros nos dicen que somos los productores los que ponemos los precios del café, pero eso no es cierto. Más o menos hemos escuchado que son los Estados Unidos los que suben y bajan el precio. Ahí está la mera raíz porque los países que compran y los que venden se juntan en ese lugar para decidir cuál es el precio que le van a poner al grano. Hay organización especial para el café, es una organización entre los compradores y los finqueros, también los que transportan están metidos en eso. Son los ricos los que pelean para poner el precio; a nosotros, como somos campesinos, no nos toman en cuenta.

En México también hay política sobre el café, entonces son los finqueros junto con los del Instituto y el gobierno los que hacen la regularización de los precios y los que dan el permiso para sacar el café al extranjero.

Así es como se pone el precio del café en los mercados internacionales, o sea en el extranjero, y también en México. Entonces cuando llegan a comprarnos aquí en las colonias los del Instituto o los coyotes, ya lo saben, ya lo averiguaron cómo nos van a pagar. El INMECAFE tiene precios fijos, en cambio los coyotes no; por eso se pelean esos dos compradores. Los particulares vienen a decirnos cuánto nos van a pagar por el kilo y nosotros les vendemos según lo que dicen ellos porque ya lo comprobamos que pagan un poco más arriba que el INMECAFE. Nosotros preferimos vender con los coyotes porque no se pierde tiempo, ni tenemos que cargar los bultos, ellos vienen en nuestras casas a pedir el café, no nos descuentan nada y nos pagan de una vez.

Nos dicen que no vendamos nuestro café con los coyotes porque nos pagan barato; pero, ¿qué le vamos a hacer si nosotros no podemos comercializar solos? Para vender directamente se necesita una organización, pero eso lleva mucho tiempo, además quiere que haya alguien que sepa organizar bien y no un cabezón que nomás venga a hacer perjuicio. Así pasó con una organización que tuvimos, se llamaba Nuevo León y era una cooperativa para vender café. Lástima que salieron puros bandidos los trabajadores de allí. El administrador metió su mano en el banco, sacó el dinero y se perdió. Parece que estaba de acuerdo con el gerente y por eso pudo robar. Desde entonces quedó nuestra deuda con el banco; como de 300 millones es la deuda de la organización y a cada socio nos tocó como dos millones. Por eso fue que nos retiramos, renunciamos a esa organización y de ahí borramos nuestro derecho y nuestra credencial y el gobierno nos quitó el permiso para sacar nuestro café a otra nación.

También hay otra unión, la Belisario Domínguez, que es de acaparadores y de productores. Allí venden algunos compañeros, pero otros no porque piden el grano bien escogido.

Siempre roba el Instituto, roban las cooperativas, por eso pensamos que sale mejor llegar con los coyotes que siquiera dejan rápido el dinero.

Siempre estamos con los coyotes porque café es lo que más se produce en nuestras colonias, como se vende un poco mejor que otras cosas y nos deja el dinerito. De maíz ya no tenemos bastante, ya sólo una, dos, o cuando mucho tres hectáreas. La milpa casi nomás la usamos para el gasto del año, que es entre 35 y 50 zontes. Ya vimos que el maíz no muy se vende, o no muy lo pagan a buen precio, por eso ahora sólo sembramos para nuestra comida. Igual es con el frijol, sembramos poquito y no alcanza para todo el año. No tenemos tiempo de cosechar bastante frijol por el trabajo del cafetal, además no muy se da porque le cae el aguacero y se enferma;

por eso pasamos a comprarlo en colonias vecinas, o si no, llegamos en la CONASUPO.

También estamos pensando que si ponemos bastante maíz y frijol se maltrata mucho el pobre monte. Para sembrar la milpa tenemos que tumbar y quemar, luego viene el aguacero y ahí se barre el abono, la corriente se lleva todo y queda pelona la tierra. Entonces el primer año sale muy buena la cosecha, el segundo año, como ya no tiene tanto sabor la tierra, ya no muy da; y el tercero, peor todavía. Luego tenemos que buscar otro lugar y si sembramos bastante, rápido vamos acabando con la montaña, después ya ni leña vamos a tener. Ya de por sí no hay madera fina, puro árbol corriente tenemos. Cuando llegamos lo encontramos así, no había mucho cedro, ni tampoco caoba y apenas alcanza para hacer nuestras casas. No sabemos si es que antes llegaron aquí las compañías a llevarse la madera buena, o si fue más allá en otros lugares de la selva; eso no lo sabemos bien. Pero no queremos quedarnos sin montaña, queremos que haya agua todo el año y el monte es lo que trae el agua, humedece la tierra. Estamos pensando que tenemos que cuidar la selva, si no, nos vamos a quedar muy pronto sin nada, como en Tierra Fría vamos a estar.

Ese también es el problema que vemos con el ganado. Las vacas necesitan bastante terreno para sus potreros y además maltratan mucho la tierra con sus pies. Aunque esté bien el zacate donde caminan, siempre dejan pelado el suelo y luego cuando viene la lluvia ahí se va lavando la tierra. Se queda sin nada el potrero, ya no crece el zacate, menos la milpa, porque se cansa mucho el pobre terreno. Si no sabemos cuidar bien la tierra, nuestros hijos no van a tener dónde sembrar, sólo pura montañas y cerros pelones.

Por eso no a toda la gente le gusta el trabajo del ganado, así es que en Nuevo San Juan sólo hay 20 socios, los mismos que se organizaron al principio para comprar sus vacas, y en Nuevo Huixtán están organizadas unas 17 o 18 personas. Esa

gente agarró crédito del INI que llegó a ofrecer su programa a tres colonias: Santa Margarita, Nuevo San Juan Chamula y Nuevo Huixtán. No lo tenían solicitado las gentes, nomás así llegó y lo aceptaron porque de por sí habían empezado con el ganado en esos lugares. Recibieron 20 cabezas en Pacayal y 25 en Huixtán; hicieron más potreros y cercaron bien su ganado para que no moleste y muchos otros trabajos hicieron los socios para tener sus vacas. Todavía no han podido vender bien los ganaderos y lo poco que sacan lo llevan al banco para pagar su cuenta por el crédito que reciben. Por eso no muy se sabe si es bueno tener animales en las colonias.

En Nuevo Matzam casi no hay vacas. Como no hay terreno para potreros, son pocos los que tienen sus tres o cuatro cabezas, la mayoría no tiene ni un ganado. De todos modos llegó el INI también a Matzam a ofrecer un programa de mulas. Trajeron 23 yeguas y 4 burros para que se criaran sus hijos que son las mulas.

—Las mulas sirven para que lleven su carga y también para que vendan las crías, dijeron los trabajadores de la INI.

Pidió esa institución 200 hectáreas para hacer los potreros de los caballos porque iba a mandar bastantes; pero no lo aceptó la gente, por no tener tierra no quisieron en Nuevo Matzam recibirlos. Entonces sólo quedaron 80 hectáreas que pusieron entre todos los socios y no trajo el INI tantos animales. En 1986 empezó el programa; pero, qué va a ser, no sirvió para nada, sólo dio mucho trabajo a las gentes y les dejó una deuda muy grande. Los burros no dieron ni un hijo, no se crió ni una mula y luego se empezaron a morir las yeguas, sólo dos quedaron, parece. No era bastante el terreno para mantenerlas y además les pegó la enfermedad, entonces así se acabó la sociedad que hizo la INI.

Así hemos visto que llega mucho programa que no sirve en las colonias. A veces ni lo tenemos solicitado, entonces si no lo pensamos bien y lo aceptamos, sólo perdemos nuestro

tiempo. Así pasó cuando vino la Comisión Nacional del Cacao (CONADECA). Primero nos llamó a un curso en la colonia Nuevo San Juan. Fuimos algunas gentes de diferentes ejidos para aprender a manejar y sembrar el cacao y sí nos enseñaron a hacer el almácigo y el vivero. No pagamos nada, ni el material, ni la semilla; pero de balde hicimos el trabajo porque no le gustó la tierra al cacao, no crece aquí por el clima, no es como el café. Tuvo la culpa el ingeniero que no miró bien si se da el cacao. Dicen que el ingeniero no sabe estudiar el clima, por eso no sirvió.

Así es como hemos pensado de sembrar muchas cosas aquí en Nacional y también de hacer otros trabajos como el de la ganadería, pero la verdad es que casi con el puro café nos mantenemos. Aunque sí se crece el maíz, la caña, guineo, plátano, lima, cacahuate, piña, naranja y otras cosas, sólo las tenemos para nuestra comida. En cambio vivimos del café, es lo que nos ocupa todo el año; del café estamos esperanzados. Como no tenemos otra cosa, sólo el cafetal va a ser la herencia de nuestros hijos.

CAPÍTULO VI

LA FRONTERA

La tierra que es nacional no tiene dueño, no es de nadie; por eso nos la regaló el gobierno. Nosotros como no teníamos otra cosa, la aceptamos y nos quedamos aquí casi como perdidos en la montaña. No había carretera en ese tiempo, sólo hasta Tierra Blanca llegaba el camino, entonces eran pocos los visitantes que llegaban a vernos; no era como ahora que casi a diario recibimos a los trabajadores de las oficinas. Tal vez antes las instituciones no habían escuchado que ya hay gente viviendo en estas tierras, o a lo mejor no tenían tiempo de venir a buscarnos tan lejos. Hasta que estuvo bien abierto el camino vinieron los programas a ofrecer cosas porque ya no les costó nada la entrada.

Así estuvimos algunos años sufriendo por no tener el camino. Era difícil salir con los enfermos, vender nuestras cosechas, o comprar las cosas que nos hacían falta. Vivíamos solos en las colonias antes de que empezara el gran problema de Guatemala. Aquí estamos muy pegados a la raya que es la frontera, pero ¿caso sabíamos que estaba empezando la guerra en ese país? Hasta que llegaron los refugiados, hasta entonces conocimos cómo estaba la cosa porque ellos mismos nos platicaron.

Ya de por sí conocíamos a los chapines porque antes era libre el paso entre los dos países; entonces llegaban seguido los de Guatemala a vender sus cosas o a trabajar en nuestras milpas. También íbamos nosotros a su territorio, compramos ahí el ganado, semilla de calabaza y de otras matas. Cuando no estaban los soldados guatemaltecos molestando con sus balas, ni tampoco los migraciones de México, era fácil pasear por cualquier lado, no muy se hablaba de la frontera, pero después ya no fue igual.

El gobierno sí sabía que iban a entrar los refugiados del país de Guatemala, por eso mandó sus comisiones para hacer la carretera. Pensamos nosotros que es interés del gobierno tener su vigilador cuando empiece la guerra; quiere que haya

buena comunicación para que fácil puedan entrar los soldados migratorios.

Hace como unos seis años, en 1982 parece, empezaron a llegar en nuestras colonias miles de campesinos guatemaltecos. Salieron huyendo de su país por el problema de la guerra y llegaron aquí a empujarnos en los ejidos de México, por eso se llaman refugiados.

Dicen que todo el pleito vino porque en algunos municipios de Guatemala se empezó a organizar la gente para luchar contra el gobierno; es que allá los que mandan y tienen todo son los ricos y los terratenientes y a los pobres indígenas sólo los tratan como mozos, por eso, pues, es que empezaron a organizarse para acabar con los abusos y los maltratos.

A nosotros nos contaron los refugiados que cuando iban a pasar las elecciones para presidente de la República, llegaron en las comunidades unos grupos de personas que pelean contra el gobierno y que se llaman guerrilleros, ellos llegaban a hacer junta en cada aldea y decían:

—Miren, compañeros, no vamos a votar por el candidato porque vean nada más cómo estamos sufriendo por los mestizos, nos están mandando mucho, como que fuéramos sus mozos. Ya no queremos seguir así, lo que debemos hacer es unirnos para luchar contra los ricos y el gobierno, pero tenemos que luchar juntos para que ganemos y seamos libres todos.

Así pasaban reclamando los grupos guerrilleros; en muchas colonias la gente les hizo caso y por eso no dio su voto al candidato. Tal vez pensaron que iba a llegar a ser cierto que cambiaran las cosas. Pero pasó que el candidato quedó sentado como presidente y dio la orden de matar a todos los que estaban en contra del gobierno. Dicen que el ejército tenía mandato de asesinar a los guerrilleros, pero la verdad fue que empezó a matar también a los campesinos. Algunos aquí en las comunidades piensan que fue su culpa de los campesinos por haber

escuchado a los que llegaron a engañar en las aldeas, por eso fue que les llegó su castigo.

Cuentan que llegaban los soldados del gobierno en las colonias y empezaban a preguntar por los guerrilleros, y aunque la gente contestaba que no los conocía, de todos modos ahí les empezaban a dar sus plomazos.

En una comunidad, platican los refugiados, llegaron los ejércitos y les dijeron a los campesinos:

—Bueno, señores, vamos a juntar mucha leña porque va a venir el helicóptero cargado de carne para ustedes.

Entonces la gente les creyó y fue a buscar la leña; cuando amontonaron bastante le prendieron fuego.

—Está bien, dijeron los soldados, ya va a llegar el helicóptero, pero primero vamos a entrar en una reunión todos, que nadie se quede afuera.

Así formaron tres grupos: uno de mujeres que metieron en el templo evangélico, otro de hombres en la escuela, y otro de niños y niñas que encerraron en la iglesia católica. Cuando todos estuvieron adentro los soldados empezaron a torturarlos, a matarlos y a violar a las mujeres.

Algunos hombres pudieron escapar por las ventanas y allí fue que salieron huyendo a otras comunidades donde publicaron que el ejército del gobierno estaba matando a los campesinos.

Por donde pasaban los soldados pura matanza nomás hacían; encerraban a las gentes en los templos y las escuelas y luego prendían fuego para quemarlos, o si no, los mataban con sus armas. Los acusaban de ser guerrilleros o de estar ayudando a los que peleaban contra el gobierno, pero eso no era cierto.

Algunos hemos pensado que aquí en México también hay muchos partidos que ya no muy toman en cuenta al gobierno y si las cosas estuvieran como en Guatemala, tal vez el presidente de México mandaría matar a todos los que ya no

obedecen, pero no quiere hacerlo porque todavía tiene gente de su lado. En cambio en Guatemala al gobierno no le gustó que las personas ya no estuvieran de acuerdo con él y por eso fue que mandó darles su castigo.

Los campesinos que pudieron escapar de la matanza se metieron en el monte y ahí estuvieron escondidos algún tiempo; luego lo pensaron de venir mejor a los ejidos de México pues ya no podían regresar en sus comunidades, entonces empezaron a caminar hacia la frontera. Esos son los refugiados, así se llaman ahora.

Según lo que nos dijeron vinieron caminando durante un mes y estuvieron viviendo en la montaña; a veces construían unas casitas de palma para pasar la noche y las lluvias, pero nunca encendían su fuego durante el día para que no los vieran sus perseguidores. Así pasó su sufrimiento, tuvieron muchas enfermedades en el camino y todo el tiempo estaban con el miedo de que los mataran, hasta que llegaron aquí a pedir su refugio en las colonias mexicanas.

Al primer lugar de Las Margaritas donde llegaron fue a la colonia Río Azul; eran como unas dos mil quinientas personas de las aldeas de Xoxlac, San Lucas, San Mateo, Momonlac, Sinlac, Mayalán, Llanalwitz y otras. No entraron todos de una vez, sino que primero mandaron a una comisión a hablar con el agente municipal Trinidad Morales y con el comisariado ejidal Apolinario Ruiz.

Allí hablaron con las autoridades y les pidieron permiso de entrar a refugiarse en ese ejido. El agente y el comisariado, por acuerdo de la comunidad, fueron a preguntarle al presidente de Las Margaritas si había permiso para que entraran los guatemaltecos y ahí escucharon que sí, entonces les fueron a dar la noticia a las comisiones y así fue como entraron los refugiados.

En Río Azul comenzaron a construir sus casitas y a organizarse para conseguir su alimento, pues como eran

muchos, los mexicanos no podían mantenerlos. Estaban un poco más tranquilos pues pensaban que ya no había peligro pero, qué va a ser, como ese ejido está en la mera frontera con Guatemala, llegaron los soldados de ese país a tirar granada de bomba y disparos de bala en el mero centro de la colonia.

Muchos días pasaron los helicópteros volando por encima del campamento de Río Azul, entonces las autoridades mexicanas pensaron que mejor había que repartir a la gente refugiada en otras colonias como Nuevo Matzam, Nuevo Huixtán, Flor de Café, Pico de Oro, San Felipe, Amparo Aguatinta, Maravilla Tenejapa, Nuevo Jerusalén y otras que están más en el centro de México, más retiradas de la frontera.

Cuando llegaron en nuestras colonias de Nuevo Huixtán y Nuevo Matzam, nos extrañamos mucho por su carga, sus trajes y su lengua, pues hablaban su idioma kanjobal y mam y sólo un poquito de español. Algunos de nosotros tuvimos miedo y pensamos que ya nos habían venido a correr de aquí, pues no sabíamos que hay problemas en Guatemala; otros pensamos muy mal y no queríamos meterlos en nuestras casas, qué tal que venían los soldados y nos mataban también a nosotros, así lo platicábamos con nuestras familias. Pero las autoridades de nuestros ejidos nos informaron y ahí nos pidieron que les diéramos su alimento a los hermanos refugiados porque venían muriendo de hambre. Dicen que cuando estaban escondidos en la montaña comieron yerbas desconocidas y tierra con lombrices porque no había otra cosa. Así sufrieron esos compañeros.

Aquí en los ejidos tuvimos asambleas con toda la gente para decidir qué cosa íbamos a hacer con los refugiados. Se nombraron comisiones para ir a preguntar con el gobierno de México si se pueden quedar en nuestras colonias, y ahí fue que escuchamos que no había ningún problema, que estaban abiertas las puertas; entonces nos pusimos contentos.

En ninguno de estos dos ejidos de Nuevo Matzam y Nuevo Huixtán se hicieron campamentos, sino que se repartieron las familias de los refugiados en las casas de los mexicanos. Decidimos no darles campo libre para no tener después problemas con ellos.

—Qué tal que se quedan a vivir aquí y luego se enraizan, pensamos; después, si hay problemas, el gobierno no nos va a hacer caso a nosotros porque aquí les dimos permiso.

Así lo platicamos entre todos y por eso los recibimos por familia en nuestros sitios. Se levantó un acta de acuerdo que firmaron las autoridades mexicanas y los representantes de los guatemaltecos.

En Nuevo Matzam sólo estuvieron viviendo dos años y luego se fueron a otras colonias como Nuevo Jerusalén y Poza Rica. No fue por su gusto que salieron de aquí, sino por el miedo que tuvieron de las bombas que se escuchaban en la frontera, y como esta colonia todavía queda muy cerca, mejor se fueron más retirado.

Durante el tiempo que estuvieron en ese ejido los refugiados trabajaron mucho. Fue por acuerdo de la comunidad que a cambio de tener posada en la colonia iban a cooperar con trabajo; así fue que ellos ayudaron para abrir el camino, construir la escuela de los mexicanos, hacer tanques para el agua, cargar piedras, cemento y tubos para la construcción del agua potable y muchas otras cosas más. Esa fue la condición que les pusieron en Nuevo Matzam y la tuvieron que cumplir mientras se quedaron viviendo ahí.

Aunque los refugiados ya vivían aquí en las colonias de México, el ejército de Guatemala los siguió molestando mucho; los aviones y los helicópteros de ese país cruzaban a cada rato la frontera para espantar a la gente. Hasta una granada de bomba tiraron en el ejido de Nuevo Huixtán, arribita de donde está la agencia municipal; pero como ya se sabía que el

gobierno de México estaba de acuerdo en que los guatemaltecos vivieran aquí, por eso no se asustaron.

—Que hagan como quieran, dijeron los ejidatarios; mientras esté silencio el gobierno de México no hay problema. Si piensan que con esa vamos a correr a los pobres campesinos guatemaltecos, no lo vamos a hacer.

Hubo mucha organización en los ejidos cuando llegaron los refugiados. Se nombraron comisiones de guatemaltecos y mexicanos para buscar las oficinas que dan ayuda de alimentación y medicinas; se hicieron varias asambleas con los representantes para ver cómo iban a estar en las colonias, cuál iba a ser su cooperación, dónde iba a quedar la escuela y también se discutió que si se quedaban tenían que ser católicos porque sólo una religión tenemos aquí.

Sólo en Nuevo San Juan Chamula fue diferente, aquí no hubo ninguna organización porque en este ejido llegaron uno por uno; no fue igual que en otras partes donde hicieron sus campamentos. Aquí vinieron hasta un año después de que entraron a México y uno por uno pasaron en las casas preguntando a cada ejidatario si había trabajo. Entonces ahí los recibieron de voluntario como sus trabajadores. No se trató en asamblea general y así nomás se quedaron.

Cuando se juntaron bastantes trabajadores de Nuevo San Juan, ellos se organizaron para tener su escuela, entonces le pidieron a la comunidad un pedazo de terreno para construirla, y como era para sus hijos la asamblea dijo que sí. El único acuerdo que se tomó es que los refugiados tenían que dar tres días de trabajo al año para la colonia y ahí estuvieron conformes.

Con la entrada de los guatemaltecos llegaron también a nuestros ejidos muchas instituciones que venían a dar ayuda. A algunas de ellas como a la Iglesia Católica y al Hospital de Comitán ya las conocíamos porque de por sí habían llegado antes con nosotros; pero otras como ACNUR, COMAR, Nutrición y FUNDECAI, vinieron cuando lo escucharon que aquí

estaban viviendo los refugiados. La delegación migratoria tampoco existía antes, hasta que llegaron los guatemaltecos fue que entraron los migratorios.

Es verdad que el gobierno de México había dado permiso para que estuvieran aquí los chapines, pero tal vez pensó que iba a haber problemas con ellos y por eso mandó a su gente para controlarlos. Lo malo fue que esos migratorios, soldados y judiciales no sólo a los refugiados venían a ver, también a nosotros los mexicanos nos maltrataban.

Era muy peligroso salir a Comitán porque los judiciales de camino violaban nuestros derechos. Cuando traíamos nuestros camiones nos hacían parar, registraban nuestras cosas en el carro y a veces nos quitaban la carga o nos cobraban cantidades de dinero; decían que era nuestra multa, pero qué va a ser, era puro maltrato nomás.

Nos quitaban las cosas para la comunidad como por ejemplo jabón, sal, azúcar, gasolina para el consumo del carro y a muchos hasta el dinerito que llevábamos. Nos pedían credenciales, acta de nacimiento, acta de matrimonio, y si no tenemos, ahí nos empiezan a decir que somos guatemaltecos, que no somos mexicanos; así nos decían y hasta nos regresaban en el camino. A veces nos pegaban. Si nos escuchaban hablando en tzotzil y en tzeltal nos detenían, luego nos preguntaban los nombres del gobierno de México y del presidente de Las Margaritas y si les contestábamos entonces nos decían:

—¡Hay cabrones! cuidado y se van a quejar.

A veces, aunque llevábamos credencial nos metían un cañón en la boca para espantarnos. A algunos hasta les bajaron su pantalón para revisar si traen armas, pero no era cierto, sólo era para maltratar al pobre compañero. Así violaban las leyes estos migraciones.

Todos los miramos cómo era el maltrato y las transas y también vimos que el gobierno de México no nos ayudaba, sólo nos ofrecía credenciales del PRI; por eso, cuando ya fue

demasiado lo que nos hicieron los judiciales, en diferentes colonias nos organizamos para hacerles a ellos lo mismo. Cuando llegaron a nuestros ejidos los corrimos con machetes, palos y hachas, los agarramos y les bajamos su pantalón, y hasta ahí fue que se calmaron un poco los maltratos. Fue porque nos organizamos en las colonias, porque presionamos en los ejidos, que tuvieron un poco de miedo.

Sabemos que no es por su gusto que están aquí los refugiados, sino que tuvieron que escaparse de su país para que no los mataran. Ellos son trabajadores del campo, son campesinos guatemaltecos y nosotros campesinos mexicanos, igual sabemos trabajar la tierra. Dejaron su país por la guerra, pasaron por las montañas y sufrieron mucho de hambre; nosotros salimos de nuestros parajes porque no teníamos tierra para sembrar, no teníamos maíz y sufríamos bastante. Ellos salieron por el miedo, nosotros por la pobreza.

Así es como esta tierra que antes no tenía dueño ahora está bien llena de gente. Con tanto ejido que hicimos y con la llegada de los guatemaltecos, la selva ha cambiado mucho. Ya casi no se siente que estamos en la montaña, se ven poblados por todas partes, está la carretera y las veredas, los cafetales, potreros y milpas. Ahora lo miramos que en algunas partes se está terminando la leña, la verdura de los cafetales, los peces y los caracoles de los arroyos; y hay quienes piensan que son los refugiados quienes están acabando con todo, que hasta los árboles tiran, dicen, porque no saben estimarlos; así piensan algunos.

Pues sí, la verdad es que ha habido mucho cambio porque antes no venía nadie a buscarnos y ahora damos posada a mucha gente en las colonias. Como vivimos en la mera frontera recibimos a la gente guatemalteca, a los trabajadores de las oficinas que vienen a darles su ayuda y también a los soldados migraciones. Así estamos viendo, pues, que ya es importante este lugar para el gobierno porque es donde termina México y empieza otro país.

Voces de la Historia. Nuevo San Juan Chamula, Nuevo Huixtán, Nuevo Matzam, se terminó de imprimir el 30 de octubre de 1994 en la imprenta Juan Pablos, S.A., Mexicali 39, México 06100, D.F. Su composición fue hecha en el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias. Se imprimieron 500 ejemplares en papel cultural de 70 gramos, con tipos 11/12 y Times New Roman. La tipografía y el formato fueron elaborados por Ma. Isabel Nájera Sepúlveda. La edición estuvo a cargo de Carmen A. León Saavedra.

El presente libro recupera el valor de la palabra escrita y del discurso histórico. "Nuestra historia no sirve de mucho si queda guardada en el corazón, es mejor que se quede escrita para que pueda llegar a muchos lugares"; dice un campesino indígena tzeltal. La adquisición de la conciencia histórica en torno a los problemas de los campesinos indígenas de los Altos de Chiapas es parte de los objetivos que se buscan con la presente publicación, empleando para ello el fresco discurso alternativo que muestra el drama de su explotación. La colaboración surgida entre trabajadores de la Universidad de Chiapas y los campesinos tzeltales, patentiza, como podrá comprobar el lector, la posibilidad de construcción de "la otra historia", algo muy a propósito acerca de cuál debe ser su sentido.

Universidad Nacional Autónoma de México
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias
Cuernavaca, Morelos